

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios7771unse>

L 48

ESTUDIOS

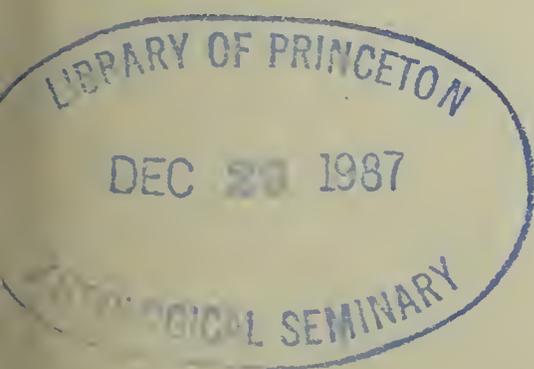
SUMARIO

ANTONIO CIFUENTES: "SOCIOLOGIA DE LA CULTURA".—JACQUES MARITAIN: "EL CREPUSCULO DE LA CIVILIZACION".

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA: "EL ADOLESCENTE DE HOY".—BENJAMIN DAVILA: "NUEVOS ESTUDIOS Y CRITICAS A LAS TEORIAS DE FREUD".

VISUAL DEL TIEMPO: "EL SOCIALISTA VANDERVELDE HA MUERTO".—"EL MUNDO NO CATOLICO ANTE EL DECESO DE PIO XI".

HENRIETE MORVAN: "CAMINOS". "CARICIA". — ALFREDO LEFEBVRE: "MUERTE DE ANTONIO CIFUENTES", (POEMA).—LIBROS.



77

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAI ME EYZAGUIRRE

Casilla 13370

Santiago de Chile

| | | |
|--------------------------------------|----|------------|
| SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS | \$ | 42.00 |
| „ „ „ „ EXTRANJERO | | 1.50 Dólar |
| NUMERO SUELTO | \$ | 3.60 |
| „ ATRASADO | \$ | 4.20 |

**SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN:
LA ADMINISTRACION**

HUERFANOS 972 — OFICINA 501
SANTIAGO DE CHILE

ATENCION: DE 16.30 a 19 HORAS

AÑO VII N.º 77
ABRIL DE 1939

INDICE

PAG.

FILOSOFIA SOCIAL

- "SOCIOLOGIA DE LA CULTURA", por Antonio Cifuentes °4
"EL CREPUSCULO DE LA CIVILIZACION", por Jacques
Maritain 27

PSICOLOGIA Y PEDAGOGIA

- "EL ADOLESCENTE DE HOY", por Alberto Hurtado
Cruchaga 34
"NUEVOS ESTUDIOS Y CRITICAS A LAS TEORIAS DE
FREUD", por Benjamín Dávila 49
LOS LIBROS: "L'Amour Humain", por Francois Char-
mot", P. 53.

CUESTIONES SOCIALES Y POLITICAS

- VISUAL DEL TIEMPO: "El socialista Vandervelde ha muerto",
por Jaime Eyzaguirre, P. 58.—"El mundo no católico ante
el deceso de Pío XI", P. 60.
LOS LIBROS: "Breve Historia de América", por Carlos Pereyra,
P. 66.—"El ocaso de la democracia", por Alberto Zum Felde,
P. 66.—"Historia de la Filosofía Social", por Charles A.
Ellwood, P. 66.

LETRAS Y ARTES

- "CAMINOS" — "CARICIAS", por Henriette Morvan.
"MUERTE DE ANTONIO CIFUENTES", (Poema), por Alfredo
Lefebvre.
LOS LIBROS: "Ayer y Hoy", por Pío Baroja, P. 72.—"Lola
Montes, la magnífica", por Horace Wyndham, P. 72.

ABRIL DE 1939

F A B R I C A
DE PAÑOS Y UNIFORMES

S. A.

Sucesora de Justiniano, Johnson y Cía. y Fábrica de Paños
El Morro.

SALAS N.º 350

CASILLA 700

—

TELEFONOS: 89190 - 89186

Diracción Telegráfica: "JUSTIJOHN"

Proveedores de uniformes durante más de 35 años del
Cuerpo de Carabineros, Ejército, Armada, Tracción
Eléctrica, como asimismo de las Policías Fiscales y
Comunales y de los Ferrocarriles del Estado.

ATENDEMOS CON ESPECIAL CUIDADO Y ESmero la confección de TRAJES CIVILES para el personal de los FERROCARRILES DEL ESTADO, en casimires ingleses y nacionales.

Fabricamos Uniformes, Impermeables, Mantas de Castilla y Vestuario en general, para instituciones fiscales y particulares y establecimientos industriales, clubes, etc., a precios sin competencia.

El mejor tónico cerebral

"Fitosan"

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio

FILOSOFIA SOCIAL

"SOCIOLOGIA DE LA CULTURA", por Antonio Cifuentes.

Ensayo inédito de nuestro malogrado redactor, en que se plantea con hondura y originalidad el proceso evolutivo de la cultura.

"EL CREPUSCULO DE LA CIVILIZACION", por Jacques Maritain.

Cómo interpreta un filósofo católico, y una inteligencia francesa, el fracaso de las democracias individualistas y el avance de los regímenes totalitarios.

Sociología de la Cultura

por Antonio Cifuentes

Un deber de gratitud y de sincero e inolvidable afecto nos mueve en esta oportunidad a asociar nuestro hondo sentimiento de pesar al de los muchos amigos que hoy lloran la pérdida de la inteligencia espléndida y el noble corazón de Antonio Cifuentes.

Desde hace varios años había aportado a estas páginas su agudo y aquilatado saber, exhibiendo condiciones relevantes de hombre de estudio, de investigador y pensador. Fué durante mucho tiempo nuestro redactor obligado e irremplazable en asuntos económicos. Sus crónicas severas, empapadas de sinceridad y realismo, a la vez que de espíritu ecuaníme y ponderado, le exhibían como un profundo conocedor de nuestros problemas. Su voz de joven, llegó, sin querer, a tomar en muchos casos inflexiones de maestro.

Pero Antonio Cifuentes fué algo más que un técnico en asuntos económicos. Dotado de una honda inteligencia, había penetrado hasta los vestigios más sutiles de la filosofía y había llegado a poseer esa grande y universal visión de los problemas que tan sólo es capaz de dar el engarce armonioso de la razón y de la contemplación. Creemos rendir el mejor homenaje a su memoria al exhumar del olvido las páginas que siguen, escritas hace ya varios años, y en las que se afronta la cuestión actualísima de la génesis, desenvolvimiento y crisis de la cultura, con relieves de acertado pensador y vigoroso cristiano. Acaso su lectura sirva para destacar aún más la sensible pérdida sufrida por el pensamiento y las letras en la persona de ese muchacho sencillo y admirable que fué nuestro amigo y redactor, Antonio Cifuentes.

LA DIRECCION

I.—GENESIS DE LA CULTURA.

El hombre, sujeto de necesidades y de aspiraciones de perfeccionamiento, se reúne en sociedad para conseguir por el aunamiento de esfuerzos comunes el logro de sus ideales. Como cada uno no puede llenar todas las actividades surge como solución la división del trabajo y las diversas profesiones. En este concepto de profesión se encierra, al mismo tiempo que el desarrollo de la actividad en el campo a que lo llaman sus naturales disposiciones, la idea de servir al todo social, única manera de exigir de los demás el conjunto de bienes, imposible de crear por la sola tarea individual. La armonización de todas las actividades culturales exige una dirección y surge el jefe — guerrero, patriarca, sacerdote — capaz de planear y prever el porvenir. Al mismo tiempo que se desarrolla la actividad profesional y su dirección y unidad

bajo el jefe, la previsión del destino en el más allá hace florecer el culto a la divinidad, poder supremo que gobierna invisiblemente a la sociedad. Profesión y Culto, he ahí las dos grandes raíces de la cultura, cuya dirección en muchas partes se da en un solo personaje: el sacerdote-rey.

La actividad profesional al desarrollarse en la creciente complejidad de la cultura crea la división del trabajo en las diferentes profesiones.

Estas profesiones crean hábitos intelectuales y morales resultando la formación de ciertos tipos humanos: el político, el religioso, el artista, el científico, etc. El saber profesional es la primera base material de la cultura y se concreta en fórmulas que se heredan por la tradición.

Todas las profesiones tienen conciencia de servir al todo y de necesitar de él, pero por la limitación y estrechez inherentes al hombre, la visión de este todo, del fin de la cultura, es concebido de diversas maneras según la capacidad y situación profesional de cada cual. Esta división profesional y el saber particularizado que crea es la base de las antinomias y luchas que se dan en todas las culturas: conflictos entre la Iglesia y el Estado, entre el Estado y la Economía, entre la fe y el saber.

La cultura se nos presenta primeramente como el juego combinado de las ocurrencias creadoras de todas las profesiones. El sistema y la estructuración de las profesiones en cada época nos da un cuadro de la actividad cultural. En este conjunto hay siempre un estamento dominante: Estado, Iglesia, Ciencia o Economía, estamento que dirige e imprime dirección y unidad a la labor variada de todas las profesiones.

El sistema como se ordenan las clases y profesiones en cada época es lo que se estudia en la sociología de la cultura.

El predominio social de uno de estos grupos es lo que da su fisonomía particular a cada época creando una concepción de la cultura cuyo valor dominante es el representado por el estamento dominante. El predominio de los valores políticos nos da una cultura determinada por la decisión y administración del Estado; es el Imperio Romano en sus postrimerías, el siglo XVII y actualmente, el Fascismo. El predominio de los filósofos enciclopedistas nos da la cultura de la época de la "Ilustración" en la cual domina soberanamente la razón. El predominio de la Iglesia en la Edad Media nos da una cultura de tipo religioso.

No son por tanto los filósofos los que crean abstractamente las concepciones culturales de cada época — aunque ellos influyan en la crítica de la cultura — sino los directores de los grupos estamentales que dirigen la obra cultural: Estado, o Iglesia, o Ciencia, o Economía.

Otro de los elementos que integran la cultura es la tradición, el conjunto de fórmulas, leyes y técnicas profesionales heredadas del pasado.

La gran mayoría de los hombres resuelve los problemas de su vida por las fórmulas y principios que heredó de sus antepasados y recibió en su medio social. Es el poder de la costumbre convertida en ley.

Es esencial en la investigación de una cultura el ideal a que tiende, que se vincula evidentemente con la Concepción del Universo dominante en cada época. Así como nuestros hábitos y nuestra formación espiritual depende del concepto que tengamos sobre el fin de la vida y sobre nuestro destino, los valores que cultivemos se fundarán en último término sobre nuestra concepción del Universo. Esta importancia de la concepción del Universo en la conformación de la cultura no excluye en modo alguno la posición real e histórica de los factores que elaboran la obra cultural, los estamentos. Ambos elementos se relacionan y condicionan recíprocamente. Así la importancia económica de la clase burguesa y su influencia en la vida del estado es auxiliada por la concepción del mundo de la época de la ilustración y su creencia en una paz y en un progreso indefinido con el advenimiento del reinado de la razón ("Ilustración") y la aplicación de su programa ternario: "Libertad, Igualdad y Fraternidad". Ambos factores: ideológicos y sociológicos, se relacionan e influyen recíprocamente, pero en definitiva el origen del cambio cultural tiene su causa en el espíritu. El progreso mismo de las actividades económicas de la clase burguesa se debe a la nueva física matemática que nace en el Renacimiento y se inspira en el pensamiento mecanicista de la filosofía cartesiana.

También hay que contar en la evolución de la cultura el mundo de lo singular, de lo histórico propiamente dicho, de lo que sucede una vez, mundo nacido de la libertad de escoger nuestro destino, condicionado pero no determinado, por los errores, prejuicios y circunstancias sociales en que nos desarrollamos.

En resumen, lo que integra la dialéctica real en el movimiento de la cultura es: el sistema de las profesiones; la profesión, estamento o clase dominante que nos da idea de la dirección de la cultura; la tradición, el ideal de la Cultura y la decisión personal.

Las oposiciones y luchas entre estos elementos es lo que dominamos dialéctica real y nos da la unidad de estilo de una época.

II.—Definición de la Cultura

La palabra naturaleza tiene dos sentidos muy diversos; se puede entender en el sentido metafísico de esencia comportando una finalidad; es natural entonces lo que responde a las inclinaciones de la esencia o lo que conduce al fin de la esencia. O también puede tomarse naturaleza en el sentido de estado primitivo, dado en el hecho antes de todo desarrollo de la razón, estado sometido al impulso de los instintos.

En el primer sentido la cultura es natural al hombre pues la esencia del hombre es una esencia racional y por tanto progresiva; es natural un trabajo del espíritu sobre sus disposiciones y aptitudes dadas por la naturaleza. Es por esto que Cultura en su sentido más lato es la forma que el espíritu humano impone a la naturaleza. Externamente considerado el resultado de esta actividad es la ciudad y la civilización. Internamente es la coordinación de hábitos cultos que informan al hombre.

Pero con esto aun no hemos dado una definición de la cultura. Podemos considerar el problema desde dos puntos diversos: subjetivamente u objetivamente. Podemos considerar la coordinación de hábitos cultos de un hombre y tendremos la cultura subjetiva y podemos considerar el contenido de una cultura y tendremos la cultura objetiva.

La cultura objetiva no tiene realidad metafísica como supone Spengler, cuando nos habla del alma de la cultura, o Hegel al referirse al espíritu objetivo que se realiza en la historia. Ni el espíritu, ni el alma del pueblo existen como realidades metafísicas. La cultura objetiva no es un todo supra individual; pero ¿por qué, entonces, podemos hablar de la cultura de tal o cual pueblo, o época? Con un ejemplo lo explicaremos suficientemente: Al referirme a la cultura helénica del tiempo de Pericles, puedo referirme en sentido subjetivo a las vivencias espirituales (intelectuales, volitivas y sentimentales) de los griegos de aquel tiempo, y en sentido objetivo a los bienes culturales (ciudad, civilización) resultado de la actividad cultural. Pero evidentemente que esos bienes culturales no se encuentran aislados, sino que tienen un estilo común, forman una unidad de sentido, un todo dialéctico y no un todo metafísico como supone Spengler o Hegel. Solo suponiendo esta unidad de sentido puedo hablar de **la cultura helénica**, puedo decir que la cultura helénica es estético-intelectualista. Solo sobre esta base (la unidad de estilo, en las manifestaciones de una época, la cultura objetiva) se puede hablar de una historia del pueblo alemán, del alma de una época en sentido metafórico. Si

no existiese cultura objetiva no habría historia de un pueblo sino historia de individualidades. Solo bajo estas bases es posible concebir la historia de individualidades. Sólo bajo estas bases es posible concebir la historia en que están armonizados la personalidad y la época, el individuo y la comunidad. La vivencia de este todo cultural — cultura objetiva de una época — sólo se realiza en la persona humana evidentemente, sin embargo nunca se realiza plenamente en todos los individuos. Así la cultura helénica puede presentar muy pequeño conjunto de hombres geniales en que su jerarquía de valores haya sido vivida completamente. La cultura objetiva en un momento determinado es vivida por las diferentes profesiones, cada una de las cuales sólo alcanza a percibir una parte de la labor cultural. De esta insuficiencia nacen las oposiciones y las luchas, la dialéctica real de la cultura, la historia. Pero no existe sólo la insuficiencia de plena realización de una cultura determinada en todos los grupos y personas de una comunidad, sino que hay aun otra insuficiencia imposible de subsanar: no existe ninguna cultura absoluta, porque es imposible para el hombre llegar a la plenitud del ser, a la vivencia de todos los valores. “La tragedia de lo humano que aquí se hace visible, arraiga en la finitud metafísica del hombre. Solo Dios es el bien supremo, la realidad de todo lo valioso”. (Alois Dempf, “Filosofía de la Cultura”).

“Solo el hecho de que la tierra prometida y visible de lejos — escribe Alois Dempf — el equilibrio de las clases, el ideal de la justicia social mediante la lucha de la razón y la pasión, del sentido de la comunidad y del egoísmo, no sea alcanzado nunca realmente, es la verdadera tragedia, la discrepancia entre lo que se conoce como debiendo ser y lo que se conoce como realidad insuficiente; discrepancia postulada con la libertad para el bien, la cual no es posible sin la libertad para el mal”.

Con este semi-pesimismo u optimismo relativo del Cristianismo se rechaza evidentemente la creencia en un progreso indefinido que convirtiese la tierra en un Paraíso.

Toda cultura por el hecho de ser humana tiene sus puntos flacos, sus miserias, sus defectos; pero estos se acentúan cuando en virtud de una concepción falsa del Universo, una dirección de Cultura cuyo valor es relativo se convierte en absoluto; cuando el estamento, clase o autoridad dominante, minada por el individualismo, levanta una teoría-unilateral de la cultura, proclamando el valor incondicionado y absoluto de lo que sólo puede tener un valor relativo y parcial, ya sea del Estado como lo hace el Fascismo, o de la Economía como lo pretendieron el Liberalismo y el Marxismo.

La Cultura realiza vínculos — económicos, políticos y religiosos — que mantienen las diferentes profesiones dentro de la labor común perseguida y la subordinan a ella. Desde el momento que los vínculos se escinden la Sociedad y la cultura están en peligro. Pero como toda cultura es siempre insuficiente realización del ideal — y la visión unilateral de cada grupo perturba la visión del todo, — lleva en su germen antítesis y oposiciones no resueltas. De esta manera la historia de la cultura se nos presenta como la sucesión de épocas universalistas e individualistas. Las universalistas son vinculadas, fuertes, y creyentes; las individualistas son incrédulas, egoístas y escindidas. La cultura como vivencia espiritual — cultura subjetiva — sólo se realiza en el individuo y de ahí sus limitaciones nocivas para la cultura objetiva. ¿Cómo resolver las antinomias que aquí se ocultan?

Los problemas que se presentan a la Filosofía de la cultura, son, el de la cultura personal y las relaciones del individuo con el todo, con la sociedad.

He ahí el problema central de la cultura cuyo bosquejo de solución vamos a intentar.

III.—Libertad y Objetividad

En la cultura personal hay una doble obligación; primeramente cumplir con su vocación, lo que expresaba Sócrates en la máxima: “Conócete a ti mismo”, y enseguida tender al ideal supremo de cultura, ideal condicionado evidentemente por su medio social y por la cultura de su época. Según la máxima cristiana hay siempre en el hombre la obligación de perfeccionarse: “Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto”.

La cultura está por tanto ligada a condiciones individuales, sociales e históricas. Ahora bien, dentro de este campo limitado inherente a toda cultura humana, ¿cuáles son las características fundamentales de la cultura personal? Son las que al mismo tiempo humanizan al hombre: libertad y objetividad (verdad).

Ellas son las que aseguran la cultura y toda cultura sólo es posible cuando el hombre aspira a conseguir la libertad y la objetividad.

Para el mundo moderno libertad y objetividad son ideas contradictorias; el origen de esta contradicción se haya en la Reforma Luterana y en la filosofía cartesiana y se expresa muy fielmente en el principio inmanentista que alumbra y dirige todas las manifestaciones del pensamiento y de la vida moderna. Pero este individualismo radical, metafísico, que coloca al Yo humano sobre todas las cosas, aun sobre

la verdad y el bien, destruye a la larga la cultura. Esta fué posible en el Renacimiento cuando sus fatales consecuencias no habían aún madurado, hoy día gustamos sus amargos frutos.

Para probar esto basta comparar el humanismo del Renacimiento con el humanismo roussoniano. El antiguo humanismo era a pesar de su apartamiento de Dios, un cultivo del hombre conservando la jerarquía del espíritu, el humanismo roussoniano es la entrega del espíritu en la materia. "La sinceridad de Juan Jacobo, ha escrito Maritain, consiste en no tocar jamás lo que descubren en sí por temor de alterar su ser"... "he aquí por principio y por definición todo trabajo moral tachado de hipocresía farisaica". Rousseau pretende conquistar la personalidad disolviendo su Yo espiritual en su naturaleza sensible a la cual da libre expansión. Nada de dirección racional, hay que dejar curso a todas las sensaciones, a todas las ideas, a todas las impresiones que encontramos en nosotros mismos, única manera de ser sincero. Pérdida definitiva de la personalidad, entrega del Yo espiritual a todas las sugerencias del ambiente, he ahí cómo concibe Rousseau su "hombre natural". La Cultura no es un cultivo dirigido por el espíritu sino que, se confunde con la Naturaleza, y de esta manera se "realiza el tránsito del humanismo filológico del Renacimiento, al nuevo humanismo de la realización humanitaria de la propia naturaleza". (Alois Dempf). La personalidad queda disuelta, aniquilada en el Cosmos.

El problema de la libertad, problema básico de la cultura personal sólo tiene una solución: la solución cristiana. La verdad existe, el bien es una realidad, no admitirlos es un absurdo. ¿Cómo salvarse entonces de su esclavitud? Por el amor contesta el Cristianismo. El mundo moderno ha creído que existe otra respuesta: no admitir la verdad objetiva, sino solo la verdad subjetiva. La libertad positiva — libertad en la verdad — es sustituida por la libertad negativa, libertad del espíritu humano frente a la verdad. ¿Cuáles han sido sus resultados? La pérdida definitiva de la libertad.

Dentro del individualismo que proclama la libertad fuera de lo objetivo, fuera de la verdad, el problema de la cultura queda sin solución, porque cultura en su sentido más lato es libertarse de los instintos de la naturaleza, hacer obra libre de cultivo sobre uno mismo. Pero no aceptando las normas eternas de la moral no queda más que el juego anárquico del instinto y la obra cultural se disuelve en las alternativas del placer.

IV.—Individuo y Comunidad

Resuelta la aparente antinomia entre libertad y objetividad en que el mundo moderno cree encontrar una contradicción, nos queda por resolver la otra gran antinomia entre individuo y comunidad.

La Cultura, hemos visto, implica un desarrollo de todas las posibilidades humanas orientadas hacia un ideal objetivo, verdadero. Pero para realizar todas sus posibilidades el hombre necesita de la comunidad. Radican aquí las más espirituales y profundas razones de la sociabilidad, la necesidad que tenemos de nuestros hermanos para realizar nosotros mismos la conquista de la verdad y del bien, para realizar nuestra propia salvación. Pero cada hombre no puede realizar en sí la totalidad de la cultura objetiva de su tiempo porque cada hombre tiene una vocación limitada.

¿Cómo conseguir entonces la coordinación de las actividades culturales parciales de los diversos hombres al plan total de la cultura que se ha propuesto como objetivo la comunidad?

La antinomia entre individuo y comunidad que se hace aquí visible sólo tiene solución en un sistema de ordenación profesional, única forma en que la unilateralidad de miras del profesionalismo no domine a los objetivos culturales de la comunidad y se arrogue la dirección exclusiva de ella en el estrecho marco de sus horizontes.

Pío XI nos ha indicado este ideal con las siguientes palabras: "El orden como egregiamente dice el Doctor Angélico, es la unidad resultante de la conveniente disposición de muchas cosas: por esto el verdadero y genuino orden social requiere que los diversos miembros de la sociedad se junten en uno, con algún vínculo firme. Esta fuerza de coesión se encuentra ya en los mismos bienes que se han de producir a obligaciones que se han de cumplir, en lo cual de común acuerdo trabajan patronos y obreros de una misma profesión; ya en aquel bien común a que todas las profesiones juntas, según sus fuerzas deben concurrir".

El mismo problema se plantea al considerar la Cultura nacional y la cultura mundial. Pío XI indica la idea de la Federación de los Estados en el párrafo 90 de la Encíclica "Quadragesimo Anno": "Más aun, convendría que varias naciones unidas en sus estudios y trabajos, puesto que económicamente dependen en gran manera unas de otras y mutuamente se necesitan, promovieran con sabios tratados e instituciones una fausta y feliz cooperación".

V.—Las bases filosóficas necesarias para la Concepción de la Cultura

Apartada la concepción providencialista que coloca un fin a la Historia humana, surgieron para explicar el desarrollo cultural sistemas evolucionistas o nominalistas completamente inaceptables pues destruyen la historia misma. Perdida la fe en un plan providencialista al cual el hombre se adhiere libremente, tuvieron que confiar en el desarrollo y poder del espíritu humano. El idealismo objetivo de Hegel para crear una fe en esta evolución del espíritu sustancializa esa evolución, la hace necesaria hacia el reinado de la libertad; pero al imaginar un proceso fatal de evolución destruye la historia misma como proceso de lo singular, sometido al veredicto de la libertad humana y no a una ley de evolución del espíritu.

Igual cosa le sucede al naturalismo de Spengler, al materialismo de Marx, o a la metafísica del instinto de Max Scheler. Al colocar la ley de evolución no en el espíritu objetivo como Hegel, sino, o en un proceso de crecimiento, madurez y muerte del alma de la cultura, como supone Spengler, o en la lucha enconada de los instintos del sexo, del poder, de la sangre y de la raza, como supone Max Scheler, o en el cambio de los factores económicos como supone Marx, anulan lo histórico, la decisión libre del hombre; ya no hay historia, hay un proceso natural sometido a una ley de causalidad biológica o mecánica en la cual el hombre es sólo un átomo. Pero, no habiendo historia, tampoco hay Cultura, sino a lo sumo Naturaleza.

Con la negación de la objetividad de nuestros conocimientos llegamos a un resultado semejante. En un Nominalismo completo no es posible entenderse; no es posible ni siquiera imaginarse unidad de estilo, en que decíamos consistía la cultura objetiva; en un mundo en que no existen las esencias y por tanto homogeneidad de la naturaleza humana racional, no se puede concebir conductas regulares, coordinación de voluntades puesto que no existen fines objetivos, única forma en que las voluntades puedan coincidir; si no existe objetividad de nuestros conocimientos sería imposible la convivencia humana; irrumpe entonces el mundo de la voluntad anárquica, de la voluntad de poderío, consecuencia fatal a la que llegaron Schopenhauer y Nietzsche partiendo del nominalismo kantiano. Si el noumeno — la esencia de las cosas, los valores reales, el mundo de la verdad, de lo objetivo — es eternamente incognoscible y de él no podemos afirmar nada, entonces la voluntad queda sin guía porque la razón está ciega y es incapaz de ver el mundo de las

realidades. Lo único real es el acto anárquico de la voluntad, el mundo móvil de lo subjetivo. "En el comienzo era el Verbo" expresa el Evangelio de San Juan, "en el comienzo es la acción" declara el Fausto de Goethe. Primado absoluto de la voluntad sobre la razón, del Ethos sobre el Logos.

"A medida que el centro de gravedad de la vida — escribe Guardini — se deslizaba del conocimiento a la voluntad, del Logos al Ethos, la vida iba perdiendo cada vez más su soporte interior. Se quería que el hombre encontrara en sí mismo su centro y su apoyo. De esto no es capaz sino la voluntad creadora en el sentido absoluto de la palabra, es decir la voluntad divina. Lo que se pedía al hombre era una actitud que suponía ser Dios. Pero como él no es Dios ha llegado a desencadenar en todo su ser espiritual una especie de violencia a la vez desesperada e impotente"... "La voluntad es capaz de obrar, de crear, pero no es impotente para ver".

La cultura no es concebida por el voluntarismo como una finalidad objetivamente valiosa, sino como fines puestos libremente por el hombre a su actividad. La Religión, la moral, el derecho, el Estado, son objetos de la actividad cultural porque el hombre así lo desea, no porque esos bienes tengan en realidad valor objetivo. Y aquí tenemos la gran interrogante del mundo moderno: nos encontramos ante un movimiento de cultura que camina sin objetivos, sin fines, con la dinámica de la lucha de clases para el Marxismo, de la selección de los fuertes en la lucha por la existencia, para el Liberalismo; de la voluntad de poderío para el Fascismo.

Este voluntarismo también se manifiesta en aquella tan cacareada frase de la democracia: "La ley es la expresión de la voluntad del pueblo". Cuán superior nos aparece a nosotros el sabio intelectualismo tomista que partiendo del primado del Logos sobre el ethos, definía la ley como. "La ordenación de la razón para el bien común dada y promulgada por el que tiene el cuidado de la comunidad".

En estas concepciones el problema de la cultura queda sin solución. En los sistemas evolucionistas, porque existe un reino propio de lo histórico, frente al reino de la naturaleza y al reino suprasensible; reino de lo singular, de lo que sucede una vez y que es imposible de sujetar a una ley de evolución sistemática, sea conforme a un esquema idealista como en Hegel, o biológico-naturalista como en Spengler y Max Scheler, o materialista como en Marx.

La cultura es compatible con una sola metafísica, con la que coloca el principio de la actividad en el ser mismo y no en la ley de evolución del espíritu o de la naturaleza.

La libertad de la voluntad o libre albedrío es esencial a la Cultura.

En la misma forma es necesario rechazar las concepciones nominalistas que niegan un orden objetivo. No habiendo objetivos culturales sino el querer de la voluntad no es posible la dirección espiritual de la humanidad. El voluntarismo concluye con la cultura desde el momento que niega la existencia de normas absolutas. En ese terreno no es posible entenderse para una labor cultural, no es posible el concierto de las profesiones y la conclusión lógica es la lucha desnuda entre pueblos y clases por el predominio de sus respectivos prejuicios puesto que no existe la verdad. La creencia en el mundo de lo incondicionado y de lo eterno es la base para toda crítica de la cultura y para todo mejoramiento espiritual del hombre.

Libertad y objetividad no son ideas contradictorias como suponía Lutero al contraponer su libertad cristiana al dogma; como suponía Rousseau cuando pretendía encontrar su personalidad rechazando todo principio objetivo, mostrando su individualidad al desnudo y entregando su Yo espiritual que no puede madurar sino en la verdad, al abismo de su naturaleza sensible. Libertad y objetividad no son ideas contradictorias como supone el Liberalismo. El hombre para encontrar su personalidad necesita caminar por el terreno firme de la verdad; él saca sus ideas, no de sí mismo como suponía Descartes, sino de las cosas, y en este sometimiento a lo objetivo radica todo enriquecimiento intelectual. Objetividad y Libertad se completan y prueba de ello nos la da el propio Liberalismo. Partiendo de una idea absurda de libertad, concebida como rechazo a toda ley exterior, él no encuentra en sí mismo ninguna norma con qué dar forma a su vida y se ve obligado a caer en la más triste de las esclavitudes; ya no se someterá libremente a un plan providencial gravado por Dios en la ley moral, sino que guiado por el pensamiento naturalista pretenderá encontrar en la naturaleza una nueva providencia reguladora de sus acciones. Negando groseramente el pecado original y fiel a aquella independencia del orden natural con respecto al sobrenatural proclamada por la Reforma Luterana, construirá toda su concepción del mundo y de la cultura en la pobre fórmula Smithiana: "los instintos naturales son el camino elegido por Dios para la ordenación de la conducta humana". Sofisma que se basa en un concepto falso de la naturaleza humana a la cual concibe el economista escocés, no en el sentido metafísico de esencia racional, sino en el sentido empírico de lo dado en el hecho antes de todo desarrollo de la razón. Y como no existe el pecado original — el filósofo escocés es deís-

ta — no hay más que dejar marchar a la naturaleza libre de toda traba inútil para volver nuevamente al paraíso.

Exaltación de la naturaleza. Creencia ingenua en un orden natural que se cumple por sí mismo conforme a leyes inmanentes de evolución que llevan a la sociedad al progreso y a la paz por medio de la selección de los fuertes en la lucha por la existencia. La separación de los dos órdenes — natural y sobrenatural — cumplida con la Reforma y el mecanicismo del pensamiento cartesiano, han llegado a una solución inesperada pero lógica: La cultura se ha convertido en naturaleza. Todas las leyes de la biología mecanicista han de ser también las leyes de la evolución cultural.

Cuán superior a este ingenuo simplismo que acaba por suprimir la cultura, era el intelectualismo tomista.

Todo lo creado tiene una finalidad según la filosofía escolástica, pero existen dos clases de finalidad: una consciente y voluntaria propia del hombre y una finalidad natural congénita que se confunde con la naturaleza del ser. Llamamos ley natural a la inclinación natural de un ser a su fin”.

“Lo que en el orden moral — escribe Santo Tomás — llamamos ley natural, no es sino un caso particular de esta inclinación de la naturaleza que se encuentra en todos los seres”.

De aquí se desprende una distinción bien clara entre “ley natural” en el mundo de la naturaleza sometido a una casualidad natural y ley natural en el mundo humano sometido a una causalidad voluntaria o libre.

Los supuestos indispensables para construir la cultura son por tanto: libertad y objetividad.

VI.—Los Métodos de la Cultura

Rechazadas las pseudo-metafísicas idealistas y naturalistas que colocan la cultura en la evolución de una ley, y rechazadas asimismo las tesis nominalistas que acaban por destruir la cultura como proceso regular y ordenado convirtiéndola en el reino anárquico de la voluntad, tenemos el camino libre para determinar lo que hemos llamado la dialéctica real de la cultura, es decir, el juego de oposición y coordinación de los factores que integran la cultura.

Actualmente hay tres métodos para determinar la cultura de una época:

a) **El método sociológico** que investiga la posición respectiva en cada tiempo, de los estamentos que intervienen en la labor cultural: Estado, Iglesia, ciencia y economía; lo que determina a su vez la concepción de la cultura dominante en cada época. Estos estamentos pueden hallarse escindidos (individualismo) o vinculados y jerarquizados (universalismo). Más adelante veremos cómo la soberanía parcial y absoluta de

cada uno de estos estamentos concluye siempre en un caos insoluble. La jerarquización y el establecimiento de vínculos entre el Estado, la Iglesia, la Ciencia y la Economía, constituye el problema central de la cultura y de su solución depende que la sociedad moderna no se disuelva en la lucha o se entregue resignada a la dictadura de un jefe. Ambas soluciones no serían sino el principio del fin y la última sólo se puede admitir como hecho transitorio, pero de ninguna manera estable.

b) **La Crítica de la Cultura:** toda crítica de la cultura, tanto la crítica práctica que realizan los estamentos, los grupos y partidos por dominar y dirigir la obra cultural, como la que realizan los filósofos, moralistas, fundadores de religiones, estadistas, etc. se basa en último término en la creencia en un mundo de verdades y valores incondicionados, absolutos; si no la crítica de la cultura sería sencillamente la imposición irracional de una voluntad sobre otra.

La crítica de la cultura evidentemente depende de la concepción que se tenga del Universo, pues esta concepción determina el ideal a que se debe tender. La actividad libre del hombre se guía en sus decisiones por un ideal, por un derecho natural. Por supuesto que este ideal no determina rígidamente el curso político pues el hombre se aparte constantemente de sus ideales, pero igualmente sería absurdo negar la influencia de las normas reconocidas como válidas, en la conducta que se tome.

Las teorías que colocan el acontecer histórico en un sólo factor: materialismo de Marx, naturalismo de Spengler y Max Scheler, idealismo objetivo de Hegel, idealismo subjetivo y fatalismo teológico, son monismos que anulan la historia y por tanto concepciones falsas de la cultura. Igualmente falsa es la concepción que desdeña considerar los factores positivos y hace depender el curso histórico sólo de la libre acción humana no condicionada por la situación social ni por ningún factor real. La concepción verdadera es la que considera todos los factores en la crítica de la cultura. La labor propiamente del historiador es averiguar en cada caso, qué en una cultura es genuino, qué recibido, qué sucede conforme a ley sociológica, qué es prejuicio de estamento, de raza, y qué libre decisión personal. Las variaciones de la cultura son evidentemente obra de la libertad humana, pero esta libertad está condicionada por los factores sociales, históricos, raciales, etc. En una palabra, la crítica de la cultura, sobre todo, la crítica práctica está determinada por los factores reales, por la concepción del mundo, y por la libre decisión personal.

c) **La ideología de clase:** son todos aquellos prejuicios que se forman por la estrechez intelectual de la posición social, o de clase y que condicionan y falsean la verdad. puesto

que en último término no son, sino defensa oculta de la propia clase, partido o profesión.

Todo grupo que interviene en la labor cultural tiene su derecho natural ingenuo; el socialismo lo basa en el principio, valor y trabajo, el liberalismo en el automatismo de la economía libre; por sobre este derecho natural ingenuo hay un derecho natural absoluto al cual aquel se acerca más o menos o a veces está en completa contradicción.

La influencia de las ideologías de clase en la labor cultural es evidente y ella se hace sentir con mayor fuerza cuando el relativismo reinante sume a la conciencia en espesas nieblas que le impiden superar su posición de clase y llegar al verdadero y genuino derecho natural, y cuando el individualismo rompiendo toda jerarquía y toda organización considera como ley natural la lucha entre todos los grupos y entre todos los individuos, pues para él todas las tendencias espontáneas tienen derecho a manifestarse.

Las ideologías de clase son una fatalidad de la estrechez profesional, social, nacional e histórica que circunscriben la visión debido a la limitación de la inteligencia humana. La única solución es el establecimiento de una jerarquía de estamentos, fundamentada en una jerarquía ideal de los valores y de las tareas culturales. Un régimen individualista — desvinculado — no podrá jamás establecer una jerarquía porque toda jerarquía presupone un orden orgánico y no la lucha feroz de todos contra todos; la aristocracia es la antítesis de la plutocracia.

d) Por último; **el estudio comparativo de las cultura**, nos permite determinar que el núcleo de toda cultura es la relación entre lo que es actualmente y lo que debiera ser para llegar a un orden ideal. La evolución ideal de todas las culturas va del paraíso o edad de oro a la caída, y de la caída por la reforma, el ascenso, la perfección a la conquista nuevamente del reino.

La edad de oro para unos es la santidad, para otros la libertad de todos, o la sabiduría, o la satisfacción de todas las necesidades, etc., según la concepción que se tenga del Universo.

Resumiendo: las características fundamentales de la cultura son: La cultura ante todo es el reino de lo personal y humano propiamente dicho, contrapuesto al reino de la naturaleza y al reino suprasensible. Es por esto el campo de lo histórico, de lo que sucede una vez, el campo de la libertad de escoger nuestro destino; hay en ella oposiciones, luchas, mas no ley de evolución sistemática. Pero, como no es un mundo anárquico sino regido por normas libremente aceptadas (o ingenuamente aceptadas, como en las ideologías de clase) hay en él solidaridad, vínculos, primado de autoridades (Iglesia.

Estado, Ciencia o Economía). Cada época cultural tiene, por tanto, un estilo, una regularidad, una fisonomía propia; hay en ella analogías, semejanzas, reina una necesidad moral que condiciona la voluntad humana mas no la determina. Finalmente el reino de la cultura se haya en relación con normas absolutas que son la última justificación de la dirección que se da a la cultura. La evolución en el mundo histórico-cultural no es por tanto sistemática sino una evolución libre, guiada por los ideales de los distintos grupos que intervienen en la historia, ideales siempre relativos y parciales, más o menos próximos al reino de lo incondicionado y de lo eterno, según la época esté más o menos en relación con Dios, como ha escrito Ranke.

VII.—Las concepciones individualistas de la Cultura

Desde el rompimiento de la unidad medioeval en el siglo XVI los cuatro grandes grupos que integran la cultura: Iglesia, Estado, Ciencia y Economía, se han escindido. El problema fundamental de la cultura es la jerarquía de estos grupos. Desde el siglo XVI no existe jerarquía entre estos grupos, sino anarquía. De aquí la profunda inversión de los valores que se manifiesta en el mundo moderno, inversión que para todo hombre espiritual es una interrogante angustiada de si esto no terminará por una vuelta a la barbarie como lo anuncia con tono apocalíptico Oswald Spengler.

Derrumbada la soberanía de la Iglesia después de las herejías de la época de la Reforma, y la soberanía del Estado en las luchas religiosas y dinásticas del siglo XVII, los pensadores naturalistas preparan una soberanía de la Ciencia, del espíritu racionalista. Es la gran tentativa de la Enciclopedia. Guizot ha visto con sagacidad “que la razón humana era la verdadera soberana del siglo XVIII”.

Para asegurar este predominio surge la concepción naturalista del Universo. En reemplazo de la religión revelada se crea una religión natural, el deísmo. Se piensa en un estado natural, en el cual por medio de la tolerancia se desvincule al fiel de la soberanía de la Iglesia, tolerancia que dará un equilibrio entre las confesiones religiosas. “El parlamentarismo — escribe Dilthey — es comprendido como un sistema de pesos y contrapesos, de aparatos frenadores y de dispositivos contra los abusos de cada uno de los poderes”.

En el derecho surge una concepción naturalista formulada tímidamente por Grocio y más radicalmente por los pensadores de la Enciclopedia. El orden jurídico es concebido como un equilibrio mecánico entre los derechos individuales.

Finalmente la Economía ha de ser entendida como un sistema mecánico-natural por el cual, libertándose de los

vínculos estamentales y persiguiendo el interés privado en completa libertad, se conseguirá un orden natural mejor que en una economía dirigida.

Esta concepción mecánico-natural del Universo, cuyos orígenes se remontan al Cartesianismo, es el estilo general de la época de la Ilustración, que lo concretará en la célebre fórmula mágica del progreso, proclamada por los utopistas del 1789: "Libertad, igualdad y fraternidad".

Soberanía del espíritu humano causada por la caída del prestigio de la Iglesia y del Estado, he ahí las condiciones sociológicas. Concepción mecánica del Universo que partiendo de las anteriores bases trata de idear un sistema natural, un orden natural que aseguren automáticamente la libertad y el progreso, he ahí las condiciones ideológicas.

El derecho natural revolucionario que de la Ilustración nace, va a recibir toda su fuerza pasional con Rousseau, y de esta manera se despierta el espíritu de clase de la burguesía contra los prejuicios estamentales de la nobleza y el sistema gremial de la industria que limitan el individualismo y la libertad y son una rémora para el progreso tal como lo concibe la época de la Ilustración.

He aquí los elementos que explican la revolución de 1879. Es entonces cuando, ante la oposición de la nobleza, oposición que se considera injustificada puesto que se opone al progreso, nace la conciencia de clase, expresada por Sieyes en esta forma: "¿Qué es el tercer estado? Nada, ¿qué podría ser? Todo".

Hemos establecido que la característica determinante del siglo XVIII es el primado del espíritu racionalista; la del XIX está caracterizada por el primado de la Economía y sus representantes son: el Liberalismo Económico y el Marxismo.

El predominio de la filosofía de la historia en el siglo XVIII y principios del XIX, y el de la Sociología en el XIX no son sino la muestra de la influencia que ejerce en la una el primado del espíritu racionalista y en la otra el primado de la Economía.

El Liberalismo político triunfante, al llegar al poder se hace relativamente conservador; es necesario ahora conservar lo ganado frente a la crítica del tradicionalismo realista, y mantener al propio tiempo el orden establecido contra todo proyecto revolucionario.

Todas las luchas del Liberalismo político giran en torno a la cuestión constitucional, en crear un mecanismo de seguridad por medio de garantías y derechos individuales y de división y equilibrio de poderes:

Pero mientras esto sucede en el escenario político, se realiza una lenta y callada transformación social y económica: la libertad económica y la lucha del mercado crean paulati-

namente una profunda división entre las dos clases de los propietarios y de los trabajadores. En medio de la lucha constitucional con que los partidos se entretienen, irrumpe la cuestión social, y las concepciones culturales basadas en los derechos y garantías constitucionales ceden su puesto a dos grandes ideologías de clase: — Liberalismo económico y Marxismo — caracterizadas ambas por afirmar el primado de la economía que en el hecho se ha impuesto sobre la lucha política y la soberanía del espíritu racionalista que inspiraba al liberalismo político.

Llamamos a estas nuevas concepciones culturales, ideologías de clase, porque su núcleo central es sólo una justificación de la posición social.

La base del Liberalismo económico es el automatismo de la economía que exige autonomía completa: liberación de toda tutela o limitación del Estado, de los estamentos y de la moral.

La ley propia del mecanismo económico es la libre iniciativa de los individuos y el choque de todas las fuerzas en el mercado libre de la oferta y demanda. “La consecuencia fatal de la competencia, la eliminación de los débiles, es conocida desde las primeras crisis capitalistas, desde las teorías de las crisis de Sismondi en 1819 y desde el primer Socialismo. Pero también es afirmada” (Alois Dempf).

Esta selección de los mejores en la lucha por la existencia fundamenta la esperanza en un progreso indefinido. El automatismo de la economía servirá de eugenesia de la raza, eliminando a todos los inadaptados, lo mismo que elimina en las crisis todas las explotaciones anti-económicas.

“¿Cuál es propiamente la concepción cultural específica de esta posición sociológica, que ahora empieza a parecernos extraña? Pocas veces se ve claramente, porque nuestra concepción del Universo está penetrada de sus principios y porque, aún en el círculo de sus partidarios, sigue actuando la fuerza del Cristianismo. Pero esa concepción cultural es el Darwinismo, como ya lo ha demostrado Paul Barth” (Alois Dempf).

La ley fundamental de la cultura en el Liberalismo económico es la selección en la lucha por la existencia que la Economía realiza automáticamente si se la deja en libertad. ¿Pero entonces quiénes son los que triunfan? Los que mejor se adaptan a esta lucha natural, a esta disciplina de la naturaleza, en una palabra los que se subordinan al plan de la naturaleza. Las leyes de la biología mecanicista deben ser también las leyes de la evolución cultural. Si se siguiese con lógica el sistema la cultura desaparecería.

El marxismo parte igualmente del primado de la economía y en esto está en la misma línea del Liberalismo; pero

como ya no se trata de defender a los propietarios sino a los trabajadores, la ideología de clases cambia completamente este automatismo. La competencia recibe su justificación por el hecho de que con las sucesivas crisis que traerá y con la concentración de capitales, hará fatalmente pasar el sistema capitalista al Socialismo Colectivista por un proceso automático.

He aquí oculta la utopía de clase; el poder fatal de la economía será el que realice todas las aspiraciones de la clase proletaria. Específica ideología de oprimidos, como la ha llamado Max Weber, que llena de resentimiento confía sus venganzas al poder fatal y tremendo de la evolución económica.

Pero hay más en el marxismo. Junto al Marx economista está el Marx jurista. Junto a la ideología de clase encubierta con las fórmulas pseudo científicas de un rígido materialismo, el Marx jurista hace una reclamación de justicia; la teoría de la plus valía lleva oculta una crítica jurídica del sistema capitalista, basada en un derecho natural marxista que parte del principio erróneo de que valor es igual trabajo. Basado en este derecho natural revolucionario emprende Marx una patética reivindicación de justicia mal disimulada bajo su lenguaje que quiere ser rígidamente materialista.

De estos dos Marx — el economista y el jurista — parten aquellas dos corrientes del Socialismo Marxista. La una pacifista, llena de resentimiento, que confía en la evolución de la economía, en un poder fatal que necesariamente llevará al advenimiento del Socialismo. Son los mencheviques, los socialistas evolucionistas. Del Marx jurista, nace el movimiento revolucionario, el comunismo y el bolchevismo, que no quieren esperar la evolución económica, sino que pretenden instaurar violentamente, por la lucha de clases y la dictadura del proletariado, el nuevo derecho natural revolucionario que instaurará la sociedad sobre bases justas suprimiendo la plus valía.

El fracaso del automatismo de la economía, fracaso cuyo resultado fué la guerra mundial, ha hecho flaquear la fe en el Liberalismo económico y en el Socialismo evolucionista. El Bolchevismo no ha pretendido la supresión del Estado como lo pensaban en sus utopías Bebel, Liebknecht, Kaustky y los socialistas del siglo XIX que se imaginaban el futuro Estado como supérfluo, pues en frase de Engel "la administración sobre las personas sería sustituida por la administración sobre las cosas". Ante el fracaso del automatismo económico ha surgido el nuevo primado del Estado, proclamado por dos movimientos tan contrarios como el Bolchevismo y el Fascismo.

Resumiendo: Desde el siglo XVI se pierde el concepto universalista de la cultura y surgen los falsos absolutismos

del Estado, de la Ciencia, de la Economía. Las luchas religiosas del siglo XVI con el quebrantamiento consiguiente de las autoridades religiosas producen en el XVII la soberanía del Estado; las luchas dinásticas y las guerras religiosas del XVII producen la soberanía de la razón en el XVIII; la oposición constitucional y las luchas de los partidos del siglo XIX engendran la soberanía económica; el fracaso del automatismo de la economía, fracaso cuyo resultado fué la guerra mundial, engendran la nueva soberanía del Estado en las concepciones Bolchevista y Fascista de la cultura.

VIII.—La Concepción Universalista de la Cultura

El Universalismo parte del principio de que el único fundamento serio de la vida cultural se haya en la religión; para él la historia no tiene sentido si no hay un mundo trascendente, el mundo de los valores absolutos; mundo que no puede ser alcanzado en la historia terrena y ante el cual ésta no es sino una prueba, un camino de tránsito.

Todo el orden cultural terrenal debe estar subordinado a ese fin trascendente y debe servir como medio a ese fin; desde esta posición tiene que rechazar el Universalismo los falsos absolutismos del Estado, del espíritu racionalista o de la Economía.

El ideal de la vida humana es que sirva de medio para llegar a la vida sobrenatural. De aquí la jerarquía natural de los valores: La más alta vida es la vida religiosa, la comunidad con Dios, que se realiza en la Iglesia; luego viene la vivencia de todos los valores espirituales humanos producto de la ciencia y del arte y que forman al hombre. En tercer lugar viene la cultura de la voluntad en la vida política del Estado que debe garantizar el orden necesario para el desarrollo cultural superior. Por último la organización económica que debe asegurar el bien común material indispensable a la vida cultural.

El individualismo consideraba al hombre como mero individuo; hacía nacer la sociedad de un pacto artificial; el derecho lo concebía como un equilibrio mecánico de derechos individuales; la economía como una suma de economías autárquicas que se encuentran en el mercado de la oferta y demanda. El Estado como un puñado de individuos sin valorar las relaciones entre ellos, por eso el fin del Estado es asegurar la libertad del individuo.

El Universalismo considera al hombre, no como individuo, sino como miembro de un todo; hace nacer la sociedad de una necesidad de la naturaleza racional; de manera que la sociedad — el todo — ya se hallaba en potencia en el individuo. La vida espiritual y moral del hombre necesitan para su desarro-

llo de la sociedad; sin la sociedad el hombre no es verdadero hombre, pues le es imposible — con imposibilidad moral — adquirir los bienes espirituales y morales que lo humanizan, que le dan personalidad. Hace por tanto el Estado de una necesidad interna del hombre — la mayor de sus necesidades en el orden temporal — la accesión a la vida propiamente humana; a la vida moral y espiritual. Por tanto el Estado no tiene un nacimiento contractual sino que radica en una necesidad real de la naturaleza humana. Históricamente no importa que el Estado haya nacido de un pacto (ni es esto lo más importante que hay en la teoría del pacto) lo que importa dejar en claro es que ese pacto (si lo hubo) era respuesta a una necesidad de la naturaleza humana. Necesidad interna — no externa (paz, seguridad policial, etc.) como supone el individualismo — necesidad interna, o sea algo sin lo cual la naturaleza humana no llega a perfecta madurez espiritual y moral. Cuando decimos que el Estado es natural al hombre lo decimos en el sentido de que responde a la esencia del hombre, no en el sentido de que le sea útil para la defensa de sus derechos individuales.

El hombre — según el Universalismo — entra a ejercer la soberanía no como individuo, sino como miembro de un todo y por tanto respetando la jerarquía que exige todo organismo.

El derecho no tiene nacimiento contractual, sino que existe un derecho natural no escrito al cual debe adaptarse todo derecho positivo.

La Economía Nacional no es una suma aritmética de economías individuales que se encuentran en choque en el mercado libre. La Economía Social o Nacional es algo más que las economías particulares y sobre la base de ellas, su objetivo no es el bien individual, sino el bien común: que es el bien común al todo y a las partes.

De aquí que el Universalismo reclame una economía organizada hacia el bien común (1).

Este Universalismo que parte de la consideración del todo y del individuo como miembro, es tan antiguo como el

(1) El principio directivo del Universalismo, no es la libertad negativa del Individualismo, sino la Justicia Social. "Que cada cual haga lo suyo" como expresaba el antiguo aforismo; o sea, la doctrina del puesto — ya sea en la Iglesia o en el Estado — tan maravillosamente desarrollada por San Pablo. Esta doctrina exige como principio de organización la Jerarquía.

El Individualismo pedía: "Libertad, Igualdad y Fraternidad". Era la concepción atomística y mecánica de la sociedad, que consideraba al hombre como individuo.

El Universalismo exige: "Justicia, Jerarquía y Caridad". Es la concepción orgánica que considera al hombre como miembro de un todo.

pensamiento humano; lo encontramos en los Upanishadas indús, en Laotsé y Confucio, en Platón y Aristóteles, en la Edad Media, y expresado maravillosamente claro en la Epístola de San Pablo a los Corintios.

IX.—Nuestra situación presente

La gran paradoja de nuestra situación presente es que después de los movimientos individualistas de la libertad, nos encontramos con que hemos perdido la libertad del espíritu. Cristo había dicho: “la verdad os hará libres”; entre tanto el error nos ha encadenado.

El individualismo religioso separó al fiel de la Iglesia y le dió la libertad religiosa.

El individualismo cartesiano trazó un abismo entre el alma y el cuerpo. Verdadera escisión del ser humano en dos principios opuestos: espíritu puro y cuerpo mecánico. Dualismo individualista que nos traería las peores consecuencias; de él proviene ese repliegue del espíritu humano sobre sí mismo pretendiendo sacar la verdad del abismo de lo subjetivo.

De él esa división brutal entre el espíritu y la vida. Esa concepción mecanicista del mundo que trasladada al orden político y económico pretende encontrar en todo un determinismo sujeto a rígidas leyes naturales del mismo orden que las de la mecánica y las de la química.

Mecanicismo que deshumaniza la vida y proscribire toda forma, todo símbolo, todo arte genuino, toda revelación del espíritu en el cuerpo, según la hermosa expresión de Guardini.

Individualismo social y económico que desvincula al ser humano de los lazos sociales, exigencia de la naturaleza racional; rompe la ordenación corporativa de la vida económica y cree encontrar un orden natural en la lucha amorfa de todos contra todos en el palenque abierto de la libertad.

Individualismo nominalista que separa a la inteligencia del ser, y cerrando las ventanas de la razón al mundo objetivo, declara con Kant eternamente incognoscible la verdad de las cosas, sumiéndose en un mundo de fenómenos en que ni la unidad de la conciencia se salva. Nominalismo radical que concluirá lógicamente en el voluntarismo, en el que lo único real es el acto anárquico de la voluntad de poderío, angustiosamente proclamada por Nietzsche.

Estas características del mundo moderno — nominalismo, voluntarismo, individualismo, deshumanización, — tienen por eje en su concepción del mundo al Yo humano. La verdad es una creación del Yo; la voluntad del Yo es la ley; el Yo — el individuo, no la persona — es el centro y el fin de la vida social; la sociedad no es natural al hombre sino que proviene de un pacto de su voluntad omnímoda. Todo este

credo egoísta se expresa en la frase corriente de nuestros días de que "cada cual tiene derecho a vivir su vida".

El individuo es el centro, es el todo. Pero este egocentrismo lejos de realzar al hombre lo embrutece.

Y he aquí la gran paradoja del mundo moderno, paradoja que Jacques Maritain ha descrito magistralmente en esta forma: "El Yo racionalista había querido bastarse a sí mismo; había rehusado perderse en el abismo de Dios donde se habría encontrado, él no puede en adelante sino buscarse en el abismo de la naturaleza sensible donde no se encontrará jamás".

El individuo ha ahogado a la persona; ésta no podía madurar sino en la busca de la verdad y del bien infinitos, en Dios. Pero el individuo erigido en centro de su vida, mirando a su abismo interior como nuevo Narciso, no encontrará jamás ni la verdad, ni el bien, perderá toda directiva y pasará al servicio del instinto y de las fuerzas ciegas del Universo.

En el orden político se entrega a la voluntad de la mayoría, en el orden económico al juego brutal e irracional de las fuerzas, que operan en la oferta y demanda.

He aquí el origen de la deshumanización, del mecanicismo moderno.

Nosotros podríamos colocar en la tumba del individualismo aquella sentencia lapidaria del Kempis: "Si te buscas a tí mismo, te encontrarás a tí mismo, pero para tu daño".

Estamos en una encrucijada de la historia ¿qué características tendrá la cultura del porvenir? En parte esas características están determinadas por las herencias y por los errores del pecado, pero en parte también depende de nuestra libertad de escoger y de nuestras energías creadoras. Es necesario que nos decidamos. Después del fracaso de todos los individualismos sopla un espíritu religioso en el mundo. Se camina con ansia tras la huella del universalismo, se busca de orientar la voluntad, no hacia el individuo, sino hacia el todo.

En el orden social y político hacia el bien común, que al decir de Maritain "es lo más divino que existe en el orden temporal". En el orden religioso hacia la Iglesia.

Y por encima del tiempo y del espacio, el hombre ha de orientarse hacia Dios, supremo todo, realidad de todo lo valioso, término de toda cultura que quiera respetar la jerarquía de los valores. Y con esto no nos aniquilaremos como temieron todos los individualistas, desde Lutero hasta Kant. Nuestra individualidad desaparece, es cierto, pero nuestra personalidad se agranda en la medida en que nos acercamos a Dios. En él conquistaremos la plena libertad, porque no hay

más que una libertad, la que va a la verdad por el amor, la libertad de los santos; en él conquistaremos la plena verdad, porque no hay más que una verdad incondicionada, la verdad del Verbo; en él conquistaremos, por fin, el supremo bien, porque no existe más que un bien en el sentido absoluto de la palabra, Dios mismo.

TOUTES LES OEUVRES DU GRAND ECRIVAIN
ET PHILOSOPHE

“JACQUES MARITAIN”

SONT EN VENTE A LA

LIBRAIRIE FRANCAISE

ESTADO 36

CASILLA 43 D - SANTIAGO

El Crepúsculo de la Civilización

por Jacques Maritain

Publicamos a continuación la última parte de la Conferencia que con este título dió Jacques Maritain el 8 de Febrero último en el Teatro Marigny de París, a su regreso de una interesante misión cultural en Norte América. En dicha conferencia Maritain abordó como filósofo cristiano y como francés el problema de la civilización amenazada. La presente traducción de su parte final la debemos a nuestro redactor señor Benjamín Dávila.—(N. de la R.).

Me encontraba, hace algunas semanas, en Estados Unidos; si bien es cierto que las condiciones concretas de la actividad política son allá más complejas y cambiantes de lo que creemos desde aquí, la situación de los espíritus, en cambio, se diseña con rasgos bien definidos. Una de las cosas que más me llamó la atención, es que no sólo se tiene conciencia clara del peligro que ha corrido la civilización, y de las responsabilidades que este peligro obliga a adoptar; sino que la América siente la necesidad de revisar su escala de valores morales y de renovar su filosofía política. Es éste, a mi juicio, un fenómeno de capital importancia. América comprende que necesita a la vez defender a la democracia y elaborar una nueva democracia, y que esta obra sólo es posible si los valores cristianos son integrados vitalmente en ella. Esto lo he constatado en todas partes.

Y vemos que, por una parte, los obispos americanos, en respuesta a una carta del Papa que les pide, como un deber urgente a su cargo, el promover los estudios de filosofía social y política, en forma de "elaborar un programa constructivo de acción social, adaptado en sus detalles a las necesidades locales, y susceptible de provocar la admiración y adhesión de todos los espíritus rectos", han declarado en octubre pasado: "Su Santidad nos llama así a la defensa de nuestras instituciones democráticas, regidas por una constitución que proteja los derechos inalterables del hombre... El cumplimiento de esta orden del Santo Padre necesita que nuestro pueblo, desde la infancia a la madurez, sea instruído en forma cada vez más completa de la verdadera naturaleza de la democracia cristiana..." Como lo hace notar el P. La Farge, la palabra democracia cristiana, empleada por León XIII, y que debía dar origen a tantas disputas, es reintegrada

oficialmente por el episcopado americano en el vocabulario católico. Supongo que nadie tomará, con este motivo, a los obispos norteamericanos por cristianos rojos.

Por otra parte el Presidente Roosevelt insiste, con la energía que todos conocen, en el hecho de que la democracia, el respeto a la persona humana, la libertad y la buena fe internacional tienen su más sólido fundamento en la religión y dan a la religión sus mejores garantías. El mensaje del 4 de enero de 1939 es bajo este aspecto un acontecimiento importante. Walter Lippmann, ese excelente observador de las realidades políticas, vé en ello una vuelta decisiva del pensamiento occidental. “Semejante discurso, escribe en el **“New York Herald”**, atestigua un cambio absolutamente fundamental en las ideas, un cambio que no concierne sólo al pensamiento de Mr. Roosevelt, sino, lo que es más significativo, al pensamiento de grandes masas de hombres, tanto en América como en el resto del mundo, de los cuales, en virtud de su cargo, él es el intérprete más representativo. Este mensaje marca la reconciliación, que está en marcha después de un siglo de conflictos destructores, entre el patriotismo, la libertad, la democracia y la religión...” “El hecho, continúa Lippmann, de que el Presidente Roosevelt, que es el jefe democrático más influyente del mundo, reconozca a la religión como el origen de la democracia y de la buena fe internacional, constituye una orientación fundamental en el concepto democrático de la vida”. Y después de hacer una alusión a la lucidez del espíritu francés y a lo que ha sucedido en Francia estos últimos tiempos en el mismo orden de ideas, el ensayista americano concluye que el mensaje citado contiene en germen “una filosofía, en que se encuentra expresada la respuesta positiva del Occidente a las fuerzas de desintegración moral que han heredado y que explotan el comunismo, el fascismo y el nazismo: esboza esa reconstrucción de su filosofía moral que tienen la obligación de emprender las democracias si desean sobrevivir”.

Así tenemos pues, que este problema de un nuevo humanismo y de una nueva democracia, que nosotros los filósofos no hemos dejado de plantear por nuestro lado, es introducido ahora en la actualidad política por los hombres de Estado. La palabra democracia se presta a tantos malentendidos que desde el punto de vista especulativo sería sin duda de desear se encontrara una palabra nueva que la reemplazara. Pero en el hecho es el uso de los hombres y la conciencia colectiva los que determinan el empleo de las palabras en el orden práctico; y además, en realidad, el desprecio que los partidarios del absolutismo expresan por la palabra democracia basta por el momento para devolverle nuevo brillo;

contra los estandartes de la servidumbre todavía puede ser bastante buena.

Pero, si bien es cierto, que existirán siempre temperamentos de derecha y temperamentos de izquierda, por otro lado la filosofía política no es ni de derecha y ni de izquierda, ella debe ser simplemente **verdadera**. Y en épocas de crisis general como la nuestra, es especialmente necesario que el esfuerzo del espíritu trascienda de estos marcos apolillados de disposiciones psicológicas o de partidos. Una filosofía política que pueda llamarse democrática en el sentido en que se opone a la dictadura y al absolutismo es algo mucho más amplio que lo que se llama forma de gobierno democrático o partidos democráticos. Ella se define por el hecho de que reconoce los derechos inalienables de la persona humana y el llamado de la persona como tal a la vida política, y que vé en los detentores de la autoridad a los vicarios de la multitud, como lo dice Santo Tomás de Aquino.

*

* *

Por mi parte, he criticado sin piedad los mitos nacidos de Juan-Jacobo Rosseau y los errores homicidas del liberalismo individualista, lo que podría llamarse lo democracia fracasada. Pero eso mismo me ha permitido comprender mejor y afirmar con más fuerza que sería una falta mortal el condenar, con los errores del siglo XIX, las verdades y aspiraciones auténticamente humanas que esos errores contenían. Hay otra democracia fuera de la de Rousseau, y a los valores que ella contenía es a los que en el curso de la historia moderna muchos hombres valerosos, engañados por una falsa ideología, aspiraban realmente de todo corazón. En otra ocasión he expuesto, y más extensamente de lo que puedo hacerlo hoy, lo que pienso al respecto. Hoy día me contentaré con decir lo siguiente:

La democracia fracasada y el humanismo fracasado procedían de la inspiración antropocéntrica señalada al principio de esta conferencia. El materialismo, el ateísmo, la anarquía disfrazada de estatismo y finalmente la dictadura eran sus resultados fatales.

Un humanismo integral y una democracia orgánica, la democracia inspirada cristianamente de que habla el episcopado norteamericano, y que según mi opinión, debe colocarse bajo el signo doctrinal de Santo Tomás de Aquino, proceden de una inspiración teocéntrica. Respetan realmente la dignidad humana, no en un individualismo abstracto, intemporal e inexistente, que ignora las condiciones históricas y que devora sin piedad la substancia humana, sino que en cada

persona concreta y existente y en el contexto histórico de la vida.

Ellos saben que en la jerarquía de los valores es el desarrollo de la vida del espíritu, la contemplación y el amor lo que tiene el primer lugar. Lo que para ellos hay de **principal** en la obra política, no son los apetitos que satisfacer, ni el dominio externo de la naturaleza material o de los demás pueblos, es la marcha lenta y difícil hacia un ideal histórico de amistad fraternal entre los pobres hijos heridos, de una especie desgraciada hecha para la dicha absoluta. En fin, esta democracia y este humanismo, junto con reconocer los derechos de la comunidad política y del bien común político, reconocen también y antes que nada, los derechos de la familia y los derechos de la persona humana. Y si preguntáis cuáles son estos derechos inalienables de la persona os citaré las palabras de Pío XI en la Encíclica "**Divini Redemptoris**": "El derecho a la vida, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios de existencia; el derecho de tender a su último fin por el camino trazado por Dios; el derecho de asociación, el derecho de poseer y de usar de la propiedad..." A lo cual podría agregarse aún: el derecho de no estar obligado, bajo pena de muerte, a plegarse al gris, al negro o al rojo; el derecho a no ser reeducado en un campo de concentración; el derecho de pensar y decir lo que significan para la conciencia los medios civilizadores de los poderes totalitarios.

La religión cristiana no está entregada a ningún régimen temporal; ella es compatible con todas las formas de gobierno legítimo; no es su papel el determinar las que los hombres deben adoptar **hic et nunc**, ella no impone ninguna de preferencia. Tampoco impone para cualquier forma de gobierno legítimo, (siempre que ciertos principios superiores sean resguardados) una filosofía política determinada, aunque ella sea muy general y aceptable, como la que tratamos en estos momentos. Pero la cuestión que se plantea aquí es de un orden muy diverso, es una cuestión de hecho que concierne, como en el caso de la esclavitud y de su progresiva abolición, a las germinaciones producidas naturalmente en el seno de la conciencia profana y temporal misma bajo el impulso del fermento cristiano. Se trata de saber, además, si en el momento presente y en las circunstancias actuales de la historia humana, las expectativas de la religión, de la conciencia y de la civilización no coinciden con las de la libertad.

Pero que se entienda bien, no se trata de parchar con nuevas piezas, un género usado. Se requiere una purificación radical. Y en el orden de los hechos, en el orden de las san-

ciones de la historia, es esta purificación la que, bajo formas atroces, se produce ante nuestros ojos. Asistimos a la liquidación histórica del mundo de Juan-Jacobo Rousseau. Si desde hace muchos años, vemos que en el dominio político las democracias pierden todas las jugadas, no es sólo a causa de los errores que no cesan de cometer; esos mismos errores y esas mismas debilidades parecen siempre fatales. La fatalidad que actúa contra las democracias modernas, es la de la falsa filosofía de la vida que, durante un siglo, ha alterado su principio vital auténtico, y que, paralizando desde el interior a este principio, las hace perder toda confianza en sí mismas. Mientras tanto las dictaduras totalitarias, que practican mucho mejor a Maquiavelo, tienen confianza, ellas, en su principio, que es la fuerza y la astucia, y en él lo arriesgan todo. La prueba histórica continuará hasta que la raíz del mal sea descubierta, al mismo tiempo que el principio — por fin libre en su verdadera naturaleza — de una esperanza renovada y de una fe invencible.

Las democracias occidentales no serán arrasadas y una noche de varios siglos no se extenderá sobre la civilización, sólo bajo la condición de que descubran en toda su pureza su principio vital, que es la justicia, la justicia y el amor, y cuya fuente es divina, es con la condición de que reconstruyan su filosofía política, y que vuelvan a encontrar así el sentido de la justicia, y del heroísmo, volviendo a encontrar a Dios.

*

* *

En el crepúsculo de la tarde en que estamos, algunas señales, las mismas a que he hecho alusión hace poco, hacen pensar que ya se mezcla la claridad incierta del crepúsculo matinal. La renovación espiritual que se efectúa desde hace algunos años en nuestro país es importante para todo el porvenir de la civilización. Y también el desarrollo, en sectores cada vez más importantes de la juventud francesa, de conceptos políticos y sociales fundados sobre el valor de la persona humana. En estas perspectivas vemos cuán alto significado histórico hay que atribuir a las palabras que Su Excelencia el Cardenal Verdier pronunciara aquí mismo, hace tres semanas, cuando habló de este **nuevo eje** de civilización que Francia tiene que constituir con la Iglesia. Supongo que nadie se atreverá a desnaturalizar tales pensamientos atribuyéndoles cualquiera clase de intenciones de "cruzada ideológica". Sin embargo deseo refutar explícitamente este absurdo. Cruzada ideológica y guerra santa, ya he expresado el peligro de esos mitos perniciosos, y la sangrienta ilusión que traen. No se trata de partir en guerra contra los pueblos que no tienen

nuestra filosofía del hombre y de la ciudad. No, se trata de tener — y no en virtud de la violencia, sino de la inteligencia — nuestra filosofía del hombre y de la ciudad; nuestro principio de vitalidad histórica, nuestra idea de los valores supremos de los cuales sabemos está suspendida la existencia del hombre y de la civilización, se trata de existir nosotros mismos y ante nuestros propios ojos — y ¿quién puede actuar y resistir si antes no existe? Francia, toma conciencia de tí misma, de tu existencia carnal y espiritual — tierra, vieja tierra de Juana de Arco y de Peguy, vieja tierra de justicia, de honor y de libertad.

Y Europa, ¿es ya demasiado tarde para la Europa? En la Europa de hoy día, ¿quién se atrevería a esperar en la posibilidad de una nueva cristiandad? Ante todo Europa no está aislada, no es a Europa, es al mundo entero al que se presenta ahora el problema de la civilización. Por otra parte, lo importante para cada uno no es el saber lo que hará el universo, sino lo que tiene que hacer él. El resto vendrá por añadidura. En vista del sitio ocupado por nuestro país en la civilización, lo esencial, cualesquiera que sean las vicisitudes de la política, y los inconvenientes o los peligros, las amarguras o las derrotas que este arte de elegir entre grandes inconvenientes nos obligue a soportar, lo esencial es que la resistencia moral y la voluntad de renovación estén bastante firmes entre nosotros.

Los Estados totalitarios no ignoran la importancia de la unanimidad moral y ellos se esfuerzan por procurársela, pero sólo pueden conseguirlo por la intimidación y la violencia. Estos medios son, en definitiva, de una eficacia dudosa respecto a la adhesión interna de los corazones.

La cuestión está en saber si los pueblos de los países aún libres son capaces de alcanzar, por las vías de la libertad y del espíritu, una suficiente unanimidad moral, y de resistir a las alteraciones que del interior amenazan a su conciencia. Cada vez que en este país alguien cede a alguna infiltración del espíritu totalitario, bajo cualquier forma y bajo cualquier disfraz que sea, es una batalla perdida para Francia y la civilización. La cuestión está en saber si ante un desencañamiento aún jamás visto de la violencia pagana y de todos los medios que sacan su fuerza en la degradación del ser humano, comprendemos que es necesario remontar hasta la fuente de las energías espirituales y de esa violencia que arrebató el reino de los cielos, la única que puede elevar las fuerzas naturales del hombre, para la lucha y para la paciencia, hasta un grado en que dominan verdaderamente la historia.

PSICOLOGIA Y PEDAGOGIA

“EL ADOLESCENTE DE HOY”, por Alberto Hurtado Cruchaga.

El problema de la conciencia y de la voluntad en el adolescente moderno.

**“NUEVOS ESTUDIOS Y CRITICAS A LAS TEORIAS DE FREUD”,
por Benjamín Dávila.**

“Continúa el psico-análisis preocupando la atención, no sólo de los psicópatas, sino de filósofos, sociólogos, críticos de arte...”.

LOS LIBROS:

“L'Amour Humain”, por Francois Charmot.

El Adolescente de Hoy

por **Alberto Hurtado Cruchaga**

I N T R O D U C C I O N

La caracteriología siempre ha apasionado a los hombres. Descubrir el carácter propio y el de los demás ha sido una aspiración muy antigua. Las brujas de la Edad Media, los nigromantes, cartomantes, y quiromantes que a sus predicciones del porvenir mezclan descripciones del propio carácter, han sido favorecidos por la credulidad popular de todos los tiempos. En la época moderna aparecen estudios caracteriológicos con una pretensión científica: la fisiognomía, la grafología, junto con los tratados de psicología profunda: psicoanálisis, psicología individual, más los estudios de Jung, Allers, Kreschmer, Marañón y tantos otros que pretenden explicar nuestra vida consciente e inconsciente por teorías de carácter fisiológico, como la influencia de las secreciones o de orden psíquico, por los procesos afectivos cohibidos en la primera infancia, o por complejos de inferioridad que luchan con la tendencia social, o por la influencia del medio ambiente. ¡Tantas teorías como autores!

En el fondo de todos estos estudios está latente el ansia de conocer mejor el "yo", el más desconocido de todos los seres. Mientras todas las otras ciencias que tratan del conocimiento del "no yo" han progresado fantásticamente estos últimos años, la ciencia del "yo" ha avanzado a pasos muy contados. Hanse intentado millares de ensayos, pero los más han debido abandonarse tan pronto como se han presentado. Algunos, después de algunos años de boga, como el sistema behaviourista o comportamentista norteamericano, han perdido casi todo su crédito como auxiliares prácticos de la psicología. Otros como el psicoanálisis, que han parecido en un primer momento venir a revolucionar todos nuestros conocimientos psicológicos, aunque prestan un aporte muy real al estudio del yo, han sido con todo reducidos a términos más modestos.

Este profundo interés por el estudio de nuestro carácter y de nuestro temperamento, se explica por la curiosidad natural que tenemos de conocer lo más íntimo de nosotros, la raíz última de nuestro obrar y los obstáculos y estimulantes de nuestra conducta. Y, segundo, porque nos damos perfecta

cuenta que para surgir en la vida, para valorizar nuestra persona es necesario elevar esas cualidades, que constituyen nuestra primera herencia y la mayor fuente de nuestras riquezas.

Un carácter bien formado, es lo que ha hecho grandes a los grandes hombres. Y en nuestra época por desgracia esta verdad se va olvidando. Preguntaba recientemente un profesor a sus alumnos, qué es lo que nos hace ser más hombre. Desorientados respondían los unos que el tener gran talento, otros que el tener medios de producción, alguno que poseer un gusto artístico muy desarrollado. Ninguno dió esta respuesta; el tener una férrea voluntad al servicio de un gran ideal. Y esa voluntad necesita como condición previa el ser plenamente consciente de sí mismo. Conciencia y voluntad educadas son en el orden natural, la medida del valor humano de un individuo. La disminución en la conciencia y en la voluntad es lo que caracteriza y gradúa la anormalidad de una persona.

La riqueza, la fuerza, aun el talento mismo pueden ser suplidos en mayor o menor grado por un carácter bien formado. Demóstenes a pesar de su mala voz, de su defectuosa pronunciación, de su presencia desagradable y de sus primeros fracasos llegó a ser el primer orador griego. Generales habido que a pesar de lo enfermizo de sus cuerpos ganaron grandes batallas. Comerciantes en gran número han comenzado con las manos vacías y se han labrado grandes fortunas. Pero todos estos afortunados han tenido este precioso capital: conciencia formada y disciplina de voluntad.

Por eso el ánimo se siente entristecido al descubrir en la gran mayoría de los adolescentes de nuestros días una disminución notable de la facultad conciencia y de la voluntad. Esta crítica, para ser justos, es aplicable sobre todo a los adolescentes que se han criado en un medio de vida fácil y cómoda, pues la psicología de cada grupo social está íntimamente ligada al medio en que vive. En estas páginas estudiaremos detenidamente estos dos aspectos de la psicología del adolescente de nuestros días, pues son fundamentales en la orientación que haya de tomar la generación que surge. Hacer más conscientes y más esforzados los jóvenes de hoy es la misión primordial del educador.

Antes de entrar al estudio de fondo de este problema no está demás decir dos palabras sobre la orientación final que haya de darse a la educación del adolescente y sobre los medios que pueda emplear el educador para obtener el tipo ideal del adolescente, ya que este antiguo problema se vuelve a discutir ahora con renovada actualidad.

Dos sistemas opuestos concurren a dar su respuesta. El de aquellos que no reconocen otro fin que la formación del hombre honrado, del buen ciudadano y se valen únicamente de medios de orden natural. Es el error del materialismo moderno, y aunque no en forma tan crasa fué hace muchos siglos el error de los Pelagianos. En forma mitigada se orientan en este sentido aquellos educadores cristianos que parecen prescindir de la Gracia en su labor educacional y esperar el éxito únicamente de la aplicación de sistemas más o menos ingeniosos, de consejos de orden puramente natural.

La doctrina opuesta desconoce el orden natural y no admite más medios después de nuestra elevación al estado de gracia que los de orden sobrenatural, especialmente la fe y confianza en Cristo, la lectura de los Libros sagrados, la acción del Espíritu Santo en el alma, la recepción de los sacramentos, la oración. Aun en el empleo de estos medios hay quienes llegan a no insistir sino en la fe que redime y eleva condenando el empleo de la actividad humana como un acto de desconfianza en Cristo, un exceso de presunción en sus fuerzas del todo impotentes, como soberbia del espíritu, la más peligrosa de todas.

Cada una de estas concepciones es parcial, unilateral, exclusivista. Y nada que sea unilateral es cristiano.

Cierto es que la realidad suprema para el hombre es su unión a Dios por la gracia santificante, comienzo de la vida eterna ya en este mundo. El hombre mediante sus solas fuerzas no llegará jamás a poseer esta gracia. Esta elevación es un don gratuito de la divinidad que desciende hasta el hombre y generosamente lo invita a subir. Esta acción de Dios en el alma no sólo es preciosa en el orden sobrenatural, sino que influye poderosamente en sus actividades psíquicas, aunque muchas veces quede oculta a la conciencia y deje de ordinario al alma santificada por la gracia en lucha con sus apetitos naturales, sus tendencias desviadas y aun sucumba a veces en la batalla. Jamás podremos ponderar bastante la necesidad de esta acción de la gracia en la lucha por el ideal supremo que debe perseguir el hombre y la influencia primaria de los medios sobrenaturales la fe, la recepción de los sacramentos, la meditación de la Palabra divina, la práctica de la caridad y de las virtudes cristianas, la oración. Pero aun elevado el hombre al orden sobrenatural todos los medios naturales guardan su valor: el estudio, la disciplina de la voluntad, el deporte, la influencia del educador o del amigo, en una palabra todas las conclusiones sanas de la psicología. El uso de los medios naturales en la educación de la niñez, en el vencimiento de las pasiones y aun en la dirección espiritual no puede ser tachado de voluntarismo pelagiano: es no sólo lícito, sino obligatorio. Afirmar lo contrario sería incurrir

en los errores del quietismo o del protestantismo. Dios, dueño soberano de las almas, puede orientar algunas por caminos que no son los ordinarios y trillados y deber es del educador o director acatar reverente esa voluntad divina y no forzar esas almas a ir por sus caminos humanos que no son los del Dios todopoderoso.

Más aún, estos medios naturales empleados por un alma en estado de gracia son tan meritorios como la práctica de la oración o la lectura de las Sagradas Escrituras. **Gratia supponit naturam** es un antiguo adagio teológico". La gracia supone la naturaleza" y preparar esta naturaleza con medios naturales y con fin sobrenatural es una acción santa. Formarnos una naturaleza mejor, más disciplinada que venga a servir de templo más noble a la gracia que habitará nuestras almas, tal es la suprema aspiración de todos esos jóvenes admirables en su cristianismo que han formado "Neu Deutschland".

Lutero afirmaba que la naturaleza humana había sido radicalmente viciada y que por tanto la lucha contra nuestros apetitos era inútil. Lo único que cabía al hombre era aferrarse a la confianza en Cristo, creer que seríamos salvados por los méritos del Redentor. La Iglesia Católica defiende por el contrario la permanencia de nuestras fuerzas naturales después del pecado original y la posibilidad y la obligación de la lucha, lucha en la que seremos apoyados todo el tiempo por la Gracia divina.

Todos los medios pues, los sobrenaturales y los naturales han de emplearse en esta lucha por mejorar al adolescente. En este estudio de carácter psicológico señalaremos sobre todo el aspecto humano de nuestro esfuerzo educativo. La Gracia ha de poseer con más plenitud ese joven que ha labrado su alma con tanto trabajo por respeto a la divinidad. El que no sea católico podrá aprovechar todas estas sugerencias, ya que ellas le ayudarán a ser más hombre, pues el aumento y perfeccionamiento de nuestras cualidades humanas, aunque en distinto plano con la elevación sobrenatural, está en la misma línea. O sea, no tendrá que deshacer ningún paso dado para conseguir un perfeccionamiento humano el que se decida a aceptar la mano que la Divinidad le tiende invitándolo a su vida de amistad más íntima.

Medios sobrenaturales y medios naturales todos ayudando al hombre en su ascensión.

Y entre los medios humanos ningún aporte es despreciable para ayudarnos en nuestro cometido. Diversas escuelas han pretendido acaparar el espíritu científico y la exclusividad en la aplicación de sus métodos. Los espíritus tradicionalistas no reconocen otra vía que la observación ordinaria y el sentido común. En el extremo opuesto los psicólogos "científicos" de laboratorio no atribuyen valor sino a las ex-

periencias controladas y medidas sobre grandes grupos de adolescentes reducidos a condiciones de standardización. La psicología alemana moderna no cree sino en los métodos de análisis psíquico. Los educadores de la Educación Nueva no admiten sino las intuiciones de sus pedagogos, a veces geniales, pero siempre personales en su aplicación... Siempre el mismo problema del unilateralismo. Y lo unilateral difícilmente es verdadero.

En este estudio procuraremos aprovecharnos de todas las conclusiones que puedan significar un aporte real, ya vengan de los laboratorios psicológicos, como de las Escuelas Nuevas, de la observación cotidiana, o de la lectura de los grandes pensadores.

¿Y qué valor práctico tienen estos medios? Como lo afirma acertadamente Lindworsky no puede prometerse que su resultado sea tan infalible como el de la medicina. Mejor dicho los medios son tan infalibles si logran aplicarse... pero ¡aplicarlos! ¡He ahí el problema! No se pueden poner simplemente en las manos como un tubo de aspirina o una pastilla de aliviol. Sólo podemos decir: Ahí detrás de ese muro de piedra se encuentran los remedios... Trabajad con todo ahinco, esforzáos de veras y obtendréis éxito.

Vamos, pues, a procurar poner en claro las notas psicológicas más salientes de los adolescentes de nuestro tiempo, las causas que han motivado su estado de espíritu, las vías para aprovechar sus buenas cualidades y para remediar sus deficiencias. Esta es la tarea que con el favor de Dios nos proponemos abordar.

I

LA INCONSCIENCIA

Cada época tiene su psicología propia, su manera de ser, su ambiente social formado por la cultura, la ideología general, el estado económico, las grandes corrientes filosóficas, literarias, sociales, por la influencia profunda de ciertos grandes pensadores y por mil otros factores que contribuyen a formar la psicología de la época.

Esta diferencia de manera de ser, varía de grupo a grupo, de país a país, de ciudad a ciudad y puede comprobarse como en un pequeño laboratorio en la diferencia que se echa de ver entre clase y clase en un colegio. Cada curso tiene su ambiente propio tan diferente del que le precede y del que le sigue, ambiente que se ha formado principalmente por la

coincidencia de los factores que acabamos de enumerar actuando en un terreno más reducido.

No es fácil decir que una época sea mejor o peor que la que le precede, pero sí que es diferente. Las cualidades propias de esa época quienes menos las aprecian son los que están sumergidos en ella, porque les falta el punto de comparación. Puede compararse el convencimiento del ambiente psicológico al del ambiente atmosférico de una habitación: puede estar viciado, pero los últimos en advertirlo son los que están permanentemente en ella, porque les falta el punto de comparación con la atmósfera exterior. Se habían habituado a él.

Por eso es necesario que los que no son adolescentes, los que han nacido en otra época reflexionen sobre el rumbo de la nueva generación para orientar su marcha.

La inconsciencia

El primer rasgo característico que sorprende universalmente a quienes consideran a los jóvenes formados en esta época que podríamos datar desde la post-guerra europea es la inconsciencia de que dan muestras en su manera ordinaria de proceder.

Los adolescentes de hoy dejan una impresión general de frivolidad, superficialidad, ligereza. No toman nada en serio, buscan en toda situación el aspecto comodidad, agrado, inconscientes de la responsabilidad social que les incumbe. Muchos, muchísimos parecen concebir la vida como un estadio en el que uno ha de divertirse con el máximun de intensidad y el mínimun de sacrificio.

Es notable la falta de formalidad que se nota en guardar la palabra empeñada. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta lo infinito que demuestran hasta dónde llega su ligereza en este sentido. Ello supone una falta de reflexión sobre lo que significa un compromiso, sobre la seriedad del acto que se sella con la palabra. Es corriente ver jóvenes que toman a su cargo responsabilidades, que aceptan una misión, reciben bajo su protección una familia menesterosa, un encargo que desempeñar... y con la mayor naturalidad, por el más mínimo inconveniente desisten de lo comenzado, sin pensar en las consecuencias que su actitud acarreará para los demás, y sin ocurrírseles presentar una excusa o buscar remedio al problema que ellos no pudieron solucionar. Se suscriben fácilmente nuestros adolescentes en las sociedades que los solicitan, acuden a una, dos, tres reuniones. Vienen luego el fastidio y no siguen acudiendo. Se inscriben prontamente en

otra que también les pide su concurso y obran de semejante manera que en la anterior. Ofrecen su cotización para una obra de beneficencia, pero el día menos pensado... cesan de cotizar, "porque sí".

¡La puntualidad! ¡Qué poco se conoce! No se ha reflexionado sobre el valor que el tiempo tiene para los demás, sobre el respeto mutuo que nos debemos, que debiera traducirse en no hacerlos perder ni un instante de su día. Las órdenes dadas, aunque hayan contraído compromiso de guardarlas, cuando pueden violarlas, las violan con toda naturalidad... y se sonríen de haber hallado una manera de evadirlas. Todo esto denota una falta de reflexión, de conciencia de las obligaciones sociales. No se ha profundizado sobre ellas.

Se observa con mucha frecuencia una falta de valoración de lo que cada cosa es en sí misma. La clase debiera ser — y no lo es con frecuencia — la clase: lugar de estudio sereno, profundo, donde va uno a preparar el camino para un estudio personal más prolijo. Los sacrificios pecuniarios de la Nación, de los padres, de los profesores no son estimados ni compensados por una conducta adecuada. Reina un compañerismo mal entendido que no conduce al sacrificio, por los compañeros sino a la diversión colectiva aun en tiempos de clase sin parar mientes que esto podrá significar la pérdida del curso para los alumnos de menos talento que habrían podido surgir si hubiesen podido aprovechar de las explicaciones del profesor y concentrar su atención en el estudio.

Falta intensidad en las labores intelectuales. La mayor parte de los alumnos se contentan con preparar lecciones, calentar exámenes, pero ¡qué pocos son los que toman en serio profundizar las nociones aprendidas, investigar, componer, dar un juicio personal, ensayar una síntesis, o realizar paciente un análisis científico! A lo cual ayuda la orientación de la enseñanza que reciben los jóvenes ahora más preocupada de la técnica que del pensamiento de fondo. De ahí esa falta de gusto por el estudio metódico y reflexivo que es una de las características más dolorosas de la juventud que sube y una de las causas de la superficialidad general que se echa de ver.

Es interesante la encuesta hecha por un profesor de enseñanza secundaria entre sus alumnos sobre el motivo por el cual asistían al liceo. Unos respondieron que obligados por sus padres, otros para estudiar algunas materias que les parecía interesantes, pero dispuestos a divertirse en aquellas clases que no les interesaban, otros porque era necesario pasar por estas pruebas para seguir una carrera... ¡Qué pocos respondían en forma adecuada que denotara que eran conscientes del momento importantísimo de su vida que estaban viviendo!

La vida religiosa, de ordinario, es tomada de una manera superficial. Se la concibe como un conjunto de prácticas que hay que hacer ritualmente más que como una donación entera de la persona a Dios, como un ponerse en sus manos para hacer su voluntad y realizar el doble mandamiento de amor a Dios y al prójimo. La moral se ha convertido para muchísimos no en una vida entregada en manos del Creador, sino en una casuística que los orienta sobre la gravedad de las trasgresiones a fin de poder moverse con la mayor libertad posible sin pecar. De aquí que rehuyan pensar en las responsabilidades que a cada cual incumben en la sociedad religiosa en que uno vive. De aquí el rehusar los puestos de trabajo y sacrificio que deberían llenarse en servicio de la Iglesia, contentándose con oblações más exteriores que profundas.

La vida cívica no es concebida en forma más consciente. Se apasionan los adolescentes por el trabajo político, porque es más bullanguero, y porque les da ocasión de ejercer actividades exteriores que excitan su sensibilidad. Los partidos políticos preferidos por los adolescentes de nuestro tiempo son los que ofrecen un programa extremista y que impresionan más fuertemente su emotividad. Son generosos nuestros adolescentes en sacrificarse por el ideal político, sobre todo en aquellos sacrificios momentáneos, arriesgados, que tienen algo de heroico, pero mucho menos en los oscuros y lentos sacrificios ignorados de los demás, que suponen una labor tesonera y constante. El gran sacrificio del estudio, de la formación profesional, de la adquisición de conocimientos sistemáticos de política, sociología, historia con que podrían capacitarse para servir más eficientemente al País, no es un sacrificio del gusto de nuestra época. Las presentaciones cívicas requeridas a todos los ciudadanos, aquellas que son normales, no son miradas con simpatía y se las rehuye cuanto puede. Un adolescente standard de nuestra época, que seguramente habría aceptado entusiasmado una misión política arriesgada se empeñaba en rehuir el servicio militar. — ¿Y por qué no quieres hacerlo le preguntaba un amigo? — Porque se come tan mal... porque no podré ir a la playa este verano, porque tenía un plan de diversiones que me fracasará... No alegaba ninguna razón de más peso. ¿Y tu carácter de ciudadano? ¿Y el llamamiento de la Patria? ¿Y la voluntad de tus padres? A todo esto respondía invariablemente nuestro adolescente standard: ¡Pero si es tan aburrido!

Los adolescentes modernos se sienten masa, y aceptan el no ser sino una masa que busca un jefe al cual obedecer y que tome a su cargo el trabajo de pensar y de disponer. Claro está que esta afirmación puede pecar de excesivamente generalizada, pero no puede negarse que esta renuncia a la actua-

ción personal, consciente, esta conciencia del propio valer que va siendo incorporada tácitamente en muchos profanos responde a una tendencia de nuestra época.

La vida sentimental se despierta con facilidad, pero ¡cuán a flor de tierra queda! Emoción pasajera que no remueve una vida. En los grandes dolores ¡qué poco se reflexiona sobre ellos! ¡Cuán fácilmente se los olvida! En catástrofes públicas se ha visto a adolescentes generosos ponerse en marcha para prestar sus servicios, pero al llegar al sitio de la desgracia y ver el sacrificio real, duro, penoso que de ellos exigiría la realización del deseo que los animó a partir, dejaron caer sus brazos desalentados, miraron y se volvieron...

Las manifestaciones del amor y la amistad no son más profundas. La vida social moderna está organizada para que se cultive artificial y prematuramente una vida afectiva que no corresponde a la madurez sentimental de los adolescentes, mucho menos de los niños que son llamados a participar en estas actividades. Fiestas infantiles, paseos para niños de ambos sexos que son una parodia de los que realizan los jóvenes. Todo esto hace que se introduzca muy prematuramente el deporte del amor, el flirt. Se piensa en el amor y se juega al amor cuando no se lo puede concebir como orientado hacia la formación del hogar, sino que se lo concibe como un medio de pasatiempo. Los mayores son por desgracia muy culpables de esta ligereza de sentimientos de nuestros adolescentes al vivir ellos en forma ostensible una vida tan superficial, tan exterior, en la calle, en el teatro, en el casino, en el club. Sus conversaciones son tan ligeras... y no escapan a la penetración de los niños: modas, biógrafo, pelambres, escándalos sociales... Con frecuencia rehusan en forma cada día más alarmante, criminal a veces, las cargas de la familia, y conversan de estas materias en presencia de los niños. Disuelven con facilidad su matrimonio. Se permiten libertades que los niños ven, observan, comentan. Es natural que conciban ellos la vida afectiva como algo superficial, sujeto a los caprichos de las circunstancias.

Esta superficialidad, este vivir a flor de tierra es el primer hecho que salta a la vista del que mira con alguna detención la generación que sube. Estas observaciones por desgracia repetidas en todos los países en tonos diferentes de mayor o menor intensidad. Lissorgues en un bien ponderado artículo "ve juntarse a los que anuncian el declinar desastroso de las fuerzas físicas y morales otros observadores que comprueban en este siglo de progresos técnicos la decadencia intelectual de la humanidad".

Se dirá que la juventud siempre ha sido así... Nos atreveríamos a afirmar que no. Otros defectos han podido achacársele antes, pero no esta pavorosa inconsciencia en la for-

ma tan aguda que acabamos de comentar. Claro está que el niño siempre ha sido niño y el adolescente, adolescente, amigos de la broma y del juego, de eludir el trabajo y de divertirse lo más que pueda, pero antes se notaba mayor conciencia en las acciones que tomaban a su cargo, menos numerosas que las actividades que absorben a los de hoy día, pero hechas con mayor responsabilidad.

Estos defectos que tanto lamentan los pensadores extranjeros son hartó más graves en nuestros jóvenes países latino-americanos. Nuestro temperamento, que tiene grandes cualidades, es mucho más ardiente, menos reflexivo, más impetuoso y sensible que el temperamento sajón y menos estable que el de los países de tradición secular. Esto aparece de manifiesto al comparar, por ejemplo, nuestra manera de ser con la conducta ciudadana en países como Inglaterra o Alemania, donde la ley es algo sagrado; la palabra empeñada, un compromiso de honor; la puntualidad, una norma social universal. Un notable pedagogo americano al referirse a la volubilidad y ligereza de los adolescentes en un país latino-americano nos decía: "Sencillamente no comprendo".

Yendo más al fondo

Si de esta primera observación superficial descendemos a un estudio más de fondo del problema, a la organización de los hábitos de pensar, a la formación de la cabeza de nuestros adolescentes nos daremos cuenta que el aforismo de Montaigne, considerado hasta aquí como un axioma sin discusión, "Il vauz mieux une teste bien faicte que bien pleine", parece haber sido substituída por su contrario: "vale más una cabeza bien llena que una bien formada". Nuestros adolescentes han perdido el gusto por la filosofía, por los principios abstractos que rigen el ser, sobre todo por la metafísica y se dedican a absorber nociones aprendidas de memoria, sobre cuyo contenido no han reflexionado. Aprecian sobre todo lo concreto, lo sensible, lo tangible. Es natural, entonces, que en lugar de los grandes principios que deben orientar la vida, determine ahora su actividad la influencia de lo inmediato. El joven de nuestros días es "inmediatista". Todo en él está subordinado a lo que le rodea, a lo que le impresiona entonces; su visión no trasciende el tiempo, ni el espacio: se detiene en lo inmediato. Es el hombre no de lo porvenir, sino del momento presente. carece de síntesis, de un concepto de totalidad. De ahí que comienza la vida completamente desorientado. Con mucha frecuencia no sabe al terminar sus humanidades qué carrera ha de seguir, o se determina por motivos completamente secundarios, circunstanciales que no debieran haber sido los móviles.

Consecuentemente el adolescente moderno es inconstante ya que su proceder no está determinado por razones sólidas que resistan al análisis sereno, sino por motivos fútiles, sentimentales de ordinario, que desaparecen junto con el estado afectivo que los produjo. ¡Cuán pocos son los que comienzan una carrera y llegan a su término, los que empiezan el estudio de una lengua y salen airoso en su empresa! La mayor parte queda por el camino. Adolescentes hay que en cuatro meses han cambiado cuatro veces de carrera, sin que tan dolorosa experiencia haya servido para hacerlos más reflexivos. Se habían determinado sucesivamente a cada nueva situación no por principios, sino por impresiones del momento.

Inconscientemente el joven moderno se fía poco de la razón, está muy influenciado por el kantismo que profesa la incapacidad de la mente para alcanzar la verdad en sí misma, o por lo menos ignora si la alcanza. De ahí que adhiera con todas sus fuerzas a lo sensible, a lo tangible, que por otra parte le aparece el mayor valor porque proporciona satisfacciones inmediatas.

Es curioso ver disputar un joven de nuestros días; el joven "standard", se entiende. No se basa de ordinario en principios de los cuales deduzca lógicamente las consecuencias, sino que se basa en intuiciones, sensaciones, impresiones de momento que para él tienen valor indiscutible. Si se disputa sobre un tema como el divorcio, p. ej, los argumentos que darán no serán los principios básicos de la familia, sino los casos concretos que él ha presenciado: "Yo conocí una señora que fué muy desgraciada con su marido, se divorció, contrajo nuevas nupcias y fué muy feliz"... Si se discute sobre el aborto las razones que le impresionan son las de orden sentimental: la madre que va a dejar tantos hijos; no el principio macizo del derecho o no derecho a la vida humana. En general su lógica será más del corazón y de intuiciones sensibles que de razones intelectuales. Tristán de Athayde puso admirablemente de relieve esta característica en una de sus hermosas conferencias de 1938 en la Universidad Católica de Chile.

Los principios una vez establecidos no parecen influenciar mayormente la conducta. Conocen nuestros adolescentes los principios que han estudiado, los admiten en teoría, pero no determinan su vida: quedan en la región de lo abstracto. Siempre ha habido una dualidad entre el bien que conozco y el mal que hago, pero esta dualidad se hace más palpable en nuestro tiempo. Las dificultades que obstaculizan la realización de estos principios y los atractivos que solicitan la voluntad esfuman de tal manera el concepto de deber que éste viene a convertirse en una noción abstracta, bella idealmente, pero que no tiene nada que ver con su conducta. Es muy

natural que muchos se pongan en marcha hacia el ideal y no lleguen, pero lo que es difícil comprender es que muchos vean el ideal, lo miren con aire de esteta, lo admitan, y sin embargo sin el menor remordimiento se queden mirándolo sin hacer nada por poseerlo, sin la menor inquietud de conciencia. Y este es un caso frecuente en nuestra adolescencia.

Esta falta de valoración práctica de los principios explicaría la carencia de una jerarquía de valores que tanto lamentamos en nuestro tiempo: la noción bien exacta de lo que es cada cosa, de lo que vale, para saber cuáles han de ser preferidas, cuáles pospuestas en caso de colisión de derechos y el grado de energía que tiene derecho a exigir de nosotros cada una de ellas. Esta valorización supone un espíritu tranquilo, sereno, reflexivo para descubrir la jerarquía y realizarla. El que así lo hace es el hombre consciente, el hombre "bueno" en el sentido moral, el hombre integrado en el plan de la creación.

Otra característica bien definida de nuestra adolescencia es que las circunstancias valga más para ellos que la realidad esencial subyacente. Desorientados sobre el valor del principio, de la cosa como es en sí misma, se dejan impresionar fácilmente por aspectos circunstanciales que son así muy secundarios. Esta influencia exagerada de las circunstancias influye poderosamente en que el factor "tiempo" sea también sobrevalorizado. El valor de una cosa para nuestros adolescentes está en función con su modernidad. Lo que determina su apetibilidad no es tanto la cosa en sí, como su novedad, su capacidad de herir la sensibilidad, y la presunción que por ser moderna debe ser mejor que si fuese antigua. El mejor automóvil es el modelo del año en curso. Porque es del año ha de ser mejor que el del anterior... Las formas modernas de construcción, porque modernas son más interesantes. Un autor, cuyo libro ha sido publicado este año ha de ser más estimado que un libro de hace veinte años, con mucha mayor razón, que los autores de la Edad Media.

Estas son algunas de las características que contribuyen a producir este aspecto de inconsciencia que tanto choca en la adolescencia de nuestros días: falta de principios, atracción exagerada por lo sensible, lo inmediato, desorientación que a veces llega a parecer que los de una generación anterior y los de la actual hablan una lengua diferente. Las palabras suenan lo mismo, pero la reacción es completamente diferente en ambas generaciones. ¿A qué se debe este espíritu de nuestra adolescencia?

Causas que promueven esta inconsciencia

No cabe duda que toda la vida moderna está organizada para producir una profunda desorientación de los espíritus,

para llevar los jóvenes a la inconsciencia. La atención no puede concentrarse en nada, pues, está continuamente como tiranteada en todas direcciones por objetos atrayentes, enemigos de la concentración interior, de la paz, del pensar profundo.

El ruido ensordecedor de nuestras ciudades es un primer enemigo de la vida consciente. El ruido de los autobuses, automóviles y motocicletas que atruenan el aire con sus bocinas. El ruido de la radio y de los vendedores. El ruido es mortal enemigo de la vida interior, no menos que del equilibrio nervioso. Con razón Duhammel proponía la creación de parques de silencio para remedio de la sociedad enferma, donde los hombres pudieran pensar, vivir para dentro, prepararse.

El ruido exterior no es más que un símbolo del ruido ensordecedor que provoca interiormente la multitud de excitantes que solicitan la atención del joven de nuestros días. Los diarios y revistas que hace cincuenta años eran escasos, leídos sólo por las personas cultivadas, se han multiplicado ahora extraordinariamente: Hay revistas de todo, revistas de cine, de box, de viajes, de deportes, propias para la niñez, picantes para la juventud. Los diarios multiplican sus ediciones; y la mayor parte de nuestros contemporáneos absorben diariamente uno o varios diarios escritos en la forma más apta para suscitar la atención. Títulos sensacionales, artículos atrayentes, ilustraciones artísticas, historietas cómicas... El arte del periodista es saber presentar como interesantes aun los asuntos más triviales, hacer de algo baladí un hecho sensacional... a costa, claro está, del equilibrio espiritual de sus lectores. Periódicos llenos de "mentiras periodísticas" que no por ser periodísticas dejan de ser mentiras son los maestros más frecuentados por nuestros jóvenes a cuya clase acuden tan pronto se despiertan y cuya última lección escuchan poco antes de acostarse.

Es cierto que la lectura de periódicos deja en el espíritu una cierta cultura general, una erudición barata, pero al propio rebaja extraordinariamente sus aspiraciones intelectuales. Los lectores asiduos de periódicos aceptan el someterse su criterio al del redactor del diario, que no siempre, es una persona con la autoridad suficiente para formar una generación. Por otra parte la cantidad de materias que se tratan de un periódico constituye un desafío al equilibrio intelectual: En un solo día nos trata el diario de la guerra de China. Frente de Teruel. Retiro de Chile de la Sociedad de las Naciones. Una bomba en el Congreso. Las elecciones presidenciales próximas... Vida Social: nacimientos, defunciones, matrimonios, cocktails... Anuncios de viaje, de cinematógrafo acompañados de avisos atrayentes y... con frecuencia degradantes. Box. Crítica teatral. La página literaria. Asuntos de bolsa...

Y el joven quiere leerlo todo, discutirlo todo, incluso el proyecto del Ejecutivo al Congreso sobre la reconstrucción económica del país. Problemas tan serios, pero tan de actualidad, tan interesantes que cualquiera se siente tentado a opinar sobre él, aunque no sea más que el hombre de la calle. Para opinar con acierto sobre tópicos tan delicados serían necesarios, meses, a veces años de estudio y nuestros adolescentes opinan con un desparpajo único, aferrándose con intolerancia a su criterio no formado. Y en nuestra sociedad de hoy la mayoría opina así. Es un deber moderno saber hablar de todo. Consecuencia, la mentalidad irá perdiendo ese respeto de sí misma que caracteriza el opinar consciente.

Además de la prensa periódica la publicación de libros se ha multiplicado en forma exagerada. Los editores conocedores de la psicología de la época atraen a sus lectores con títulos por demás sugestivos que ocultan una gran vaciedad, cuando no un veneno para la inteligencia o el corazón. Tanto novelucha, folletón, libros pseudo científico muchos de ellos de temas escabrosos que abordan con gran facilidad nuestros adolescentes. Es un espectáculo trágico el que uno presencia en los autobuses y tranvías al ver muchachas jóvenes devorando libros de literatura pseudo-científico-sexual. De igual manera en los liceos y colegios los muchachos leen sin discreción algunos libros sobre filosofía, religión, vulgarización médica cuyo contenido son ellos del todo incapaces de controlar. El haber desflorado temas tan profundos les hace creer que los conocen y opinan de todos ellos sin preparación suficiente.

La radio que tantos servicios presta a la ciencia y a la vida social es bajo el punto de vista de la superficialidad de criterio de nuestros adolescentes un poderoso enemigo en la forma en que de ella se abusa hoy día. La radio constituye un desafío al equilibrio nervioso. El adolescente estudiando junto a su aparato de radio quiere concentrarse y no puede; y por otra parte no se resigna a apartarse. La radio lo comunica con el mundo entero, le trae continuamente noticias del medio humano, le comunica lo que ha pasado en la hora que está viviendo en los más lejanos rincones del mundo. La radio le arroja raudales de música clásica, y en seguida un jazz, una comedia picante, y luego un sermón, un discurso político y un aviso del mejor auto que se ha fabricado, de la mejor medicina que se ha inventado, de los neumáticos más resistentes... Todo es lo mejor. En ese ambiente de mentira incontrollada, de propaganda de todas las ideologías, en comunicación con todo el universo, oyendo a Mussolini en el palacio de Venecia y a Stalin en el Kremlin, en esa atmósfera crecen nuestros desarmados adolescentes. ¿Qué otra cosa hacen sino percibir sensaciones contradictorias quedándose enteramente

en la superficie? Por eso se va formando una juventud que renuncia al trabajo porque se creó condenada al fracaso, incapaz de surgir en un mundo tan complicado, pues demasiado pronto se ha puesto en contacto con ese mundo, que ni siquiera en su edad madura conocieron sus abuelos.

Al salir a la calle tropiezan los ojos con un aviso electoral que recomienda al mejor candidato, otro que anuncia el mejor jabón, una agente que organiza una expedición la más interesante y la más económica... Todo esto parece inocuo, pero engendra en el alma una confusión, un caos del que pocos se libran y finalmente un atroz escepticismo de la vida. ¿Qué es lo mejor? ¿Qué es la verdad?

Y en la noche cuando los ojos no pueden distinguir los avisos de los muros, los anuncios luminosos hieren la vista, procurando captar la atención por los juegos de luces que corren, de colores que cambian, ofreciendo el estreno más interesante, la mejor sastrería, el millón de la beneficencia... ¿Podrá recogerse ese joven mientras camina? Además que harto trabajo tiene en librarse de los vehículos que amenazan atropellarlo, pues corren a velocidades inauditas y del tráfico que oprime las grandes ciudades.

Y al entrar a su pieza a descansar no puede conciliar el sueño, porque sus nervios están destemplados y para conciliar el sueño se dedica a revolver nerviosamente las páginas de un libro, de ordinario una novela o una biografía novelesca que devora en pocos instantes. La prensa, la novela, la radio, los mil estimulantes externos ¡qué grandes enemigos de la sólida formación espiritual! Ellos vienen a profanar el santuario del alma juvenil y a introducir en ella la pasión, la ceguera, el comadreo y la mentira, el polvo de hechos inútiles, la ilusión de posibilidades casi quiméricas y el miedo a accidentes que nunca llegarán. Todo esto es lo que llena un espíritu hecho para la sabiduría. ¿Cómo, pues, maravillarse de esa ligereza, inconciencia y superficialidad? Es imposible que un espíritu que se forma en ese ambiente llegue alguna vez a tomar la vida en serio, a discurrir, a raciocinar.

La dispersión de la vida moderna es uno de los principales enemigos del espíritu consciente, que exige concentración, reflexión, espíritu de continuidad. En este siglo es difícil tener el espíritu libre para meditar, criticar el aporte del día, profundizar y evadirse al siglo.

Alberto Hurtado Cruchaga, S. J.

Nuevos Estudios y Críticas a las Teorías de Freud

por Benjamín Dávila

Continúa el psico-análisis preocupando la atención no sólo de los psicópatas sino de filósofos, sociólogos, críticos de arte, etc. Así, en estos últimos tiempos hemos visto aparecer los estudios de Fenu, de Weiss, la tesis de doctorado de Dalbiez, presentada en 1936 a la Facultad de Letras de París, los estudios del profesor Bonaventura, del Ateneo Florentino y los del P. Gaetani publicados en "Civiltá Cattolica". Fuera de Weiss, que se limita a exponer detallada y fielmente las ideas de Freud, alabándolas y acatándolas como dogmas de fe, los demás, cada cual según su ideología, les hacen las críticas que estiman ellas merecen.

Es especialmente interesante el estudio de Dalbiez que, lo mismo que Bonaventura, no puede ser sospechoso de antipatía hacia Freud. Hace una exposición minuciosa y documentada, en algunos aspectos demasiado laudatoria y en muchos puntos con apreciaciones inaceptables. Sin embargo critica duramente el pensamiento de Freud en todo lo relacionado con las actividades superiores del hombre.

El P. Gaetani por su parte, analiza y critica la doctrina freudiana especialmente en lo que se refiere a la concepción general de la actividad humana, a la actividad moral y a la actividad religiosa. Haremos un corto resumen de las principales críticas del interesante estudio del P. Gaetani, pero antes conviene recordar brevemente las líneas principales del sistema freudiano.

Para Freud la parte más importante de nuestra actividad psíquica no se desarrolla en nuestros momentos de conciencia, o sea, en presencia de nuestro yo, sino que es determinada y dirigida por el sub-conciente. En esta región obscura de nuestra psiquis actúan los instintos y las tendencias más profundas sobre las cuales no tiene el yo consciente dominio alguno.

Innumerables conflictos se producen entre el choque de los conceptos y exigencias del mundo exterior: educación, leyes, religión, etc., con los impulsos del sub-conciente provenientes de la libíde, fuerza primordial y promotora de nuestros actos. Para solucionar estos problemas y apaciguar esas luchas era preciso lograr explorar y conocer el sub-conciente, lo que hace Freud por medio del psico-análisis.

Pero son grandes las dificultades con que tropieza el psicoanálisis en su exploración, pues el sub-conciente se disfraza,

toma formas simbólicas como queriendo ocultarse; y estas sustituciones o sublimaciones, que lo colocan fuera de nuestro alcance, son producidas por el super-yo. Este super-yo es la etapa final del desarrollo del individuo después de haber pasado por todas las etapas de la evolución de la especie, de él se derivan los conceptos de moral, de divinidad, etc.

Una de las principales etapas de la evolución humana está representada por el "complejo de Edipo", cuya explicación y desarrollo puede hacerse, ya sea refiriéndolo al desenvolvimiento del individuo ya a la evolución de la especie. El niño siente en un principio atracción hacia el progenitor de distinto sexo y al mismo tiempo teme ser castigado por el otro. Luego el niño siente amor por el Padre, en cuanto se identifica con él, pero al mismo tiempo, desea eliminarlo, pues es un competidor para su propio amor por la madre.

La aplicación del complejo de Edipo al desarrollo de la especie se encuentra en el totemismo, o adoración de un animal protector de la tribu, que sería el origen de la idea religiosa. El totem es temido y venerado, pero después muerto y devorado por sus adoradores. Esta costumbre sería el símbolo de lo sucedido entre los primeros hombres: el totem representa al padre muerto y devorado por los hijos por prohibir el amor incestuoso; mas, éstos al recordar que los alimentaba y protegía lo idealizan en forma de totem. Este es el origen del concepto de un ser divino que amenaza y protege, castiga y premia, es amado y temido.

* * *

Considerada bajo el punto de vista del concepto general de la actividad humana vemos que la doctrina de Freud da a la actividad intelectual un papel muy secundario. Tiene una concepción puramente afectivista de la vida psíquica, y según sus teorías la cultura no puede tener influencia alguna en la formación del carácter, ni la reflexión racional limitar y contener los instintos.

La voluntad no tiene cabida en la concepción freudiana de la actividad psíquica humana y su teoría científica del mundo descansa en el determinismo universal más absoluto.

Todas estas teorías son la consecuencia de la intromisión del psicopatólogo en el campo de la filosofía, sin la preparación necesaria y guiado por ideas preconcebidas las más contrarias a una sana filosofía. Creyó que porque había logrado, gracias al psico-análisis, establecer las causas determinantes de algunas formas más o menos morbosas de la actividad humana, se podía negar en forma absoluta el libre albedrío.

Nadie niega la influencia que tiene sobre nuestras determinaciones la experiencia y el pasado — aunque ellos no rea-

parezcan a nuestra conciencia — pero no se vé la relación que ello pueda tener con el libre albedrío. Es un gran adelanto científico el poder determinar en ciertos casos los elementos del pasado que han actuado, pero alcance filosófico no tiene ninguno.

Si son absurdas las conclusiones a que llega Freud en su teoría sobre la actividad humana, más lamentable aún es su desgraciada tentativa de explicar el origen del super-yo, de la moral y de la religión por medio del complejo de Edipo, el parricidio y el totemismo. El psicopatólogo al aventurarse en el campo de la etnología, que no era el suyo, ha incurrido en los errores más groseros.

En primer lugar el fundamento histórico de su teoría es absolutamente falso, pues está científicamente probado en los últimos trabajos de los más competentes etnólogos, que no sólo el totemismo no es la primera forma de la idea religiosa entre los pueblos primitivos, sino que generalmente aparece en las épocas de decadencia, como una corrupción de las ideas religiosas. Ninguno de los ejemplos citados por los partidarios de estas teorías se refiere a pueblos realmente primitivos, los cuales, en su casi totalidad, son monoteístas y sin ningún rito totemista, como p. ej. los Sumeros y Acadianos predecesores de los Asirios y Babilonios de 3,000 años A. C.

En el origen del super-yo Freud coloca el sentimiento de inhibición moral y culpa que se genera en la tribu primitiva después del asesinato del padre, sentimiento que se va transmitiendo y reforzando de generación en generación hasta originar el culto totémico, principio de la idea religiosa. Pero al mismo tiempo Freud supone a la horda primitiva privada de todo freno moral, de toda aspiración religiosa, no es todavía humana, su comportamiento meramente instintivo no difiere en nada del de los simios antropoides. Parece inverosímil y absurdo que el sólo hecho de matar al padre, haga surgir en la mente de un bruto la idea abstracta de norma y la conciencia de haberla violado.

Además la repetición de un acto, que llega a convertirse en un hábito, no refuerza las reacciones afectivas que él provoca, sino que por el contrario las atenúa. Luego el parricidio, que al principio causó el horror y arrepentimiento, con su repetición debió llegar a transformarse en un hábito cuya reacción emotiva se va debilitando poco a poco hasta desaparecer. Y como consecuencia dicha costumbre debería haberse conservado como un rito desprovisto de todo sentimiento afectivo.

Por otra parte, ¿cómo explicar la transmisión de este remordimiento de una generación a otra? Se puede aceptar la transmisión hereditaria de caracteres somáticos o psico-fisiológicos, pero resulta absurdo sostener que el remordimiento

causado por una falta cometida hace siglos vaya a perdurar y transmitirse cada vez con mayor vigor de generación en generación.

Termina el P. Gaetani haciendo una dura crítica a Freud por su materialismo y desprecio por los valores espirituales que son el juguete de ciegas fuerzas impulsivas y que hacen que para el hombre freudiano el fin supremo sea la satisfacción de sus instintos. "Pero, ésto no es el verdadero hombre, ni el psicoanálisis freudiano es psicología verdaderamente humana.

LOS LIBROS

"L'AMOUR HUMAIN", por Francisco Charmot, S. J.

Así se titula el último libro salido recién el año pasado, de la magnífica pluma del gran pedagogo francés, P. Francisco Charmot, S. J.

Este libro, como lo indica su título, trata del amor humano, no de la virtud infusa de la caridad. "La Historia y la Novela se complacen en describir las mil formas bajo las cuales el amor magullado ostenta la corrupción de sus llagas". (Pág. 16)... "cuentan cómo cae el adolescente. Desea el autor, a su vez, escribir este libro que enseñe cómo el adolescente puede evitar las caídas de los sentidos y al mismo tiempo elevar su vida por el amor". (Pág. 18).

Ante todo el P. Charmot plantea en el primer capítulo "el problema del amor", "...el hombre está hecho para amar y para amar eternamente. El amor antes de fijarse en la eternidad se estrella con todas las borrascas de la tierra". (Pág. 15).

En este asunto tan importante y tan difícil juega un papel importantísimo la educación. "La primera obligación de los educadores consiste en preparar a los niños a amar según el orden de la verdad. "E insistiendo sobre lo mismo añade el autor: "Los padres tienen el deber riguroso de preparar al niño para la batalla que se librará en el corazón del adolescente: la batalla de la pureza. Si el niño es vencido, los padres lo son igualmente. Y si el niño es vencido por falta de sus padres, ellos lo son doblemente. La derrota del soldado es la del jefe. Y cuando ella resulta de un error o de una falta del jefe, qué responsabilidad pesa sobre el jefe!". (Pág. 16).

El autor divide su obra en tres partes: en la primera trata sobre los principales "errores de método", en la segunda, sobre algunas "lecciones esenciales" y en la tercera sobre algunas "virtudes necesarias". Al final pone una bibliografía que recomienda a los padres y educadores, en cuya ayuda se ha escrito este libro.

En primer lugar el P. Charmot trata con todo empeño de desilusionar a los padres que fácilmente se engañan prolongando con su imaginación la niñez de sus hijos y creyendo mantener la misma autoridad sobre su interior. Les hace hacer un acto de Fe en el pecado original y un acto de humildad. Esos niños suyos son hijos de Dios, pero también son hijos de la carne, (cfr. pág. 2) y así los pone de frente ante el problema.

Luego va examinando la actitud de los padres que por temor, o por ignorancia, o por comodidad se abstienen de dar una educación acerca del amor, a sus hijos.

Sus palabras en estos capítulos y sus razonamientos no son menos justos que severos: "La abstención de los padres en la educación del corazón y de los sentidos es un homicidio moral". (Pág. 34). La responsabilidad que envuelve este pecado de omisión se agrava porque dice: "Los padres deben estar seguros que la crisis de la adolescencia vendrá; de ella ni los santos se han escapado. La omisión, ante esta seguridad, se hace más culpable". (cfr. págs. 42 y 43).

Esta actitud abstencionista de muchos padres se explica, muchas veces, porque no piensan en el amor, sobre todo del joven, sino como algo malo y vergonzoso. (Cfr. págs. 58 y sgts.).

Los padres sufren un olvido crónico de sus años de adolescencia y cuando van apareciendo los primeros síntomas de la crisis en sus hijos, no aciertan a comprender el mundo que bulle en esas almas. Ante ciertas reacciones llegarían a creer más fácilmente en "una locura de independencia, en una anarquía sin medida y sin piedad, en una revuelta del corazón contra la familia"... que no, en una crisis afectiva agudizada por el aislamiento y la incompreensión en que han dejado al muchacho. Muchos se aprontan para ponerse de frente.

El autor no se contenta con señalar los defectos de la abstención, ni tampoco con la crítica del rigorismo, del laxismo y del naturalismo. Como pedagogo experimentado no desconoce la dificultad de este asunto: "Nosotros comprendemos perfectamente, dice, el cruel conflicto de los padres ante el misterio del amor... No escribiríamos este libro si la solución de los casos de conciencia que se presentan fuera tan simple como mil problemas abstractos". (pág. 42).

Después de esta parte crítica necesaria, pasa a la segunda parte: **Las lecciones esenciales.**

La lección básica es la de la conciencia. Inicia este capítulo con una afirmación muy importante: "La moral, dice, salva las conciencias rectas, pero no impide que otras se pierdan... El alma que quiere gozar de los placeres no encuentra en la Moral, sino escapatorias. El alma que quiere evitar el pecado... encuentra el camino, la verdad y la vida...". (Pág. 101). "Es necesario comenzar la educación por la formación de una buena conciencia. Buena, es decir, no solamente clarividente, sino absolutamente decidida a obrar el bien...". (Pág. 102).

Insiste el P. Charmot en la necesidad de imprimir en el alma del niño las grandes verdades cristianas, las que solemos llamar: verdades eternas; insiste en la necesidad de imprimirle un temor—no terror— filial a Dios; más aún, en llevar al niño al trato íntimo con Dios, — no se reciba esto último con una sonrisa de desconfianza — los niños son capaces de ésto. "A nuestro modo de ver, dice, el problema de la adolescencia debe resolverse antes de la adolescencia".

"La inocencia decenal que la Providencia da al hombre al principio de su vida, la da para que se utilice al máximum". Y agrega. "Si la caridad se apaga en la tempestad de la adolescencia será porque la educación de la infancia no fué profunda". (Pág. 104-5).

¡Parece increíble que no se caiga en la cuenta de estas verdades! Fácilmente creemos que se han de enderezar los arbolitos cuando aún son tiernos, pero no creemos que los hábitos se arraigan en el alma.

Mas no consiste todo en la educación en dar, aunque lo que se dé sea muy bueno y se dé oportunamente, lo cual es una gran cosa; hay algo muy importante y muy difícil y sobre lo que el P. Charmot insiste más de una vez: el niño va pasando del estado pasivo de quien recibe, al estado activo de quien va aceptando y apropiándose lo que se le da o lo va rechazando interiormente, de manera que lo que antes hacía por sujeción es preciso que lo vaya haciendo por virtud, aceptándolo e imponiéndoselo a sí mismo por convicción. Y si ha ido rechazando interiormente los mandatos del educador, dejará de hacer lo que antes se le imponía y llegará, quizá un día, hasta situarse en el campo opuesto. Es lo que el P. Charmot llamará en los últimos capítulos la "transmisión de poderes", esta transmisión es ineludible y es de lo más hermoso en la labor educativa. Aquí me complazco en recordar una frase muy feliz del P. Hull: "El objeto del educador es llegar a ser innecesario". Me parece que si un educador no tiene muy presente este axioma no llega a merecer el nombre de tal.

Por lo tanto es necesario que esas verdades eternas vaya el niño haciéndoselas suyas y para ésto encuentra el P. Charmot, indispensable hoy día, los retiros cerrados. (Cfr. pág. 108).

Así quedarán esas verdades arraigadas en el alma y serán una base sólida para la educación.

Si en el capítulo sobre la conciencia se establece la base sobre la cual se ha de construir toda educación; hemos de decir que en el capítulo sobre "la fecundidad de la vida" se marca el norte que ha de regir tal educación. Es un capítulo verdaderamente hermoso y céntrico en este libro. Las demás lecciones sobre El Padre, La Esposa, La Madre, El Amor, El Cuerpo, El Sufrimiento, brotan naturalmente de los principios asentados en éste. Este capítulo sobre la fecundidad de la vida ilumina con su luz todos los demás.

Dice el autor: "Todo ser humano está llamado a hacer de su vida una fuente fecunda de bien. Y de una manera implícita, secreta, ordinariamente incomprensible, este llamado comienza a hacerse oír en el instante de la adolescencia". (Pág. 113). "No hay un ser viviente que no esté obligado a hacer fecunda su vida". (Pág. 114). "La educación debe tender a la fecundidad de la vida personal de cada niño... Si este principio, que ponemos como base de la educación, no es absolutamente verdadero, nosotros renunciemos a comprender la adolescencia y a explicar sus perturbaciones físicas y morales y a trazar un plan de formación. Pero nada nos parece más sólido que este principio: la fecundidad de la vida es a la vez el fin principal y el deber esencial de toda creatura humana. Esta verdad fundamental es necesario repetirla hasta la saciedad. No se estará nunca demasiado persuadido de ella en la infancia. No porque es hermosa habrá que dudar de ella". (Pág. 115).

Luego establece el P. Charmot: "Dios ha dado dos clases de fecundidad: espiritual y carnal. La primera es tan verdadera como la segunda y mucho más amplia. Entre los espíritus hay también una generación...". (Pág. 115).

Va desarrollando estas preciosas lecciones y afirma: "...hay que dar a conocer a los jóvenes estas santas verdades. Prepararlos para la vida es ante todo instruirlos". (Pág. 116). Más aún, agrega: "Hay que hacerlos franquear una segunda etapa. Mostrarles que a todo hombre se le propone una elección entre colaborar con Dios por el espíritu o por la carne. No se trata de elegir entre Virginitad o Matrimonio; sino de conocer, considerar, comparar estos dos estados de vida en el plan de Dios. Después de haberlo considerado mucho, hemos adquirido la convicción que para... ex-

plicar como es debido a nuestros jóvenes las leyes divinas del amor humano y de todo lo que él encierra; es necesario comenzar por hacerles comprender, admirar y desear la fecundidad espiritual". (Pág. 117).

"Es muy importante, para la misma preparación al matrimonio, que nuestros niños estén convencidos que la fecundidad espiritual es superior a cualquier otra... "De cualquiera manera que se resuelva el porvenir, sería muy deplorable que nuestros hijos no hubieran tenido, en sus anhelos juveniles, esta hambre y esta sed de la santidad. Pues es precisamente por ésto, como serán lo más perfectamente iniciados en su rol de cooperadores de Dios". (Pág. 118). La generación es ante todo, y sobre todo y esto lo recalca mucho el P. Charmot, la más grande obra de colaboración del hombre con Dios.

La tercera etapa de esta lección: "La vocación al matrimonio es preparada por las grandes ambiciones espirituales porque no es una vocación a la carne en oposición al espíritu, ni una vocación a la mediocridad en oposición a la santidad... es también una vocación a cierta fecundidad espiritual". (Pág. 118). "No se trata solamente de un nuevo cuerpo, sino de una nueva persona con destinos eternos". (ibd.).

"Lo es también por la educación sin la cual la generación no es acabado". (pág. 120).

No podemos seguir tan por menudo al gran pedagogo en los capítulos siguientes; pero estamos seguros que se podrá barruntar la hermosura y la elevación de las otras lecciones que han de enseñarse a los jóvenes: El padre, la madre, la esposa, ... todo aparece iluminado por la clara luz de los designios de Dios, por la elevación de la creatura al ser llamada a colaborar con Dios; todo aparece en un cuadro profundamente humano y a la vez profundamente divino.

Habrá que decirlo con Charmot—: "Se desarrolla a los jóvenes, en las clases de humanidades, ideas mucho más difíciles y que están fuera de sus experiencias. Estas, al contrario, responden a las curiosidades y a los arranques de su espíritu desde que la adolescencia ha despertado en ellos los deseos de lo infinito y la necesidad de darsé". (Pág. 174). Porque no faltará quién mueva la cabeza y encuentre imposible, quimérica, una educación con tales lecciones.

En la tercera parte el autor expone, en cuatro capítulos las "**Virtudes necesarias**".

En el capítulo diez y siete, desarrolla el P. Charmot un tema muy importante: La confianza mutua. "Las lecciones que hemos aconsejado, dice, no se podrían enseñar si no creamos una atmósfera de confianza total... La educación del amor no se da desde lo alto de una cátedra, sino en la intimidad de la confianza". (Pág. 213).

Analiza el papel que juega la confianza en uno de los casos más difíciles y en donde es más necesaria: en la iniciación sexual. (Cómo se haya de hacer y por quién, se trata de propósito en este libro).

Para esta iniciación algo muy importante es la oportunidad y a propósito dice el autor: "Para no dejar las ocasiones oportunas es preciso sobre todo desarrollar en los corazones de los niños la virtud de la confianza y mantener con ellos conversación, en toda edad, conversaciones íntimas y llenas de abandono sobre las cuestiones vitales. La iniciación sin la confianza mutua es casi imposible. De la confianza nacen, al contrario, muy naturalmente las confidencias más delicadas. Por la fuerza de las cosas nosotros

rematamos siempre en la necesidad de la confianza. El momento favorable escapa siempre a los padres que no saben conversar familiarmente con sus hijos.

Además la confianza y la libertad de las confidencias se ganan poco a poco durante el largo período que precede a la adolescencia. Cuando no se la ha conquistado o se la ha perdido, no se la recobra por fuerza y por asalto en el momento de la crisis de los sentidos y de las luchas de las emociones. Los padres y los hijos que no han vivido en la intimidad del corazón quedan, los unos y los otros, paralizados en ese momento y se huyen". (Pág. 226).

Agrega el P. Charmot: "La pequeña decena de años que precede al período de los cambios del organismo y de los sentimientos, ha sido dada a las madres por el Buen Dios, para crear entre ellas y sus hijos una especie de fusión transparente de almas. ¿Saben ellas aprovecharla bastante?... (Pág. 226-7).

"Es difícil a las madres estas conversaciones íntimas, ellas sabrán otras cosas, esto generalmente no lo saben... ¿No tienen tiempo? Hay que procurarlo". (Pág. 228).

¿Sería aventurado preguntar, después de esta afirmación del P. Charmot, si los padres se desempeñan mejor en este terreno? Estamos casi seguros que la respuesta sería desfavorable.

En los capítulos siguientes va mostrando el P. Charmot cómo el sólo conocimiento no basta en la educación de la pureza: es menester la voluntad vigorosa. El sólo conocimiento más bien puede ser una tentación. (Cfr. 241...). Iniciar y no fortalecer la voluntad es preparar una lucha terrible entre un fuego tremendo y el sólo veredicto "no se puede". Así se va seguramente a la caída. (Cfr. pág. 243 y sgts.).

Es necesaria la formación del corazón y la disciplina de la voluntad. Y para ésto no basta la ley: "la ley es una fuerza para la voluntad, pero una débil fuerza para contener la pasión". (Pág. 247). "Uno sólo es el camino: llevar una vida cristiana ferviente... No se puede ser cristiano en el mundo, sino por la intensidad de la caridad. La caridad, es decir, el amor a Dios en el prójimo, el celo activo, el entregamiento, el apostolado. Para ser puro es preciso ser apóstol". (Pág. 250).

Y como sin la gracia la caridad es imposible, el P. Charmot corona su obra con el último capítulo muy interesante, titulado, La gracia de Dios.

Fácilmente comprenderá el lector que apenas he podido en el curso de estas páginas presentar el esqueleto de la obra del P. Charmot. Muchas ideas felicísimas; más aún, muchas lecciones importantísimas no han quedado, sino enunciadas; muchas refutaciones importantes, ni siquiera las he mencionado. No creo que haya logrado exponer todo el cuerpo de doctrina que presenta el P. Charmot con toda su trabazón. No pretendí eso al escribir este artículo, porque me parecía irrealizable sobre todo tratándose de temas pedagógicos que no se pueden reducir fácilmente a esquema. Por ésto antes de terminar, quiero advertir lo que advierte el P. Charmot en el prólogo: "No se forme un juicio del libro antes de haberlo leído totalmente...".

Todo mi afán al escribir este artículo ha sido precisamente invitar a los padres y educadores a que lean este libro magnífico que les podrá dar mucha luz y mucho aliento en su obra grande y hermosa de colaboradores de Dios.

Ramón Angel Cifuentes Grez, S. J.

CUESTIONES SOCIALES Y POLITICAS

VISUAL DEL TIEMPO:

“El socialista Vandervelde ha muerto”, por Jaime Eyzaguirre.
“El mundo no católico ante el deceso de Pío XI”.

LOS LIBROS:

“Breve Historia de América”, por Carlos Pereyra.
“El ocaso de las democracias”, por Alberto Zum Feide.
“Historia de la Filosofía Social”, por Charles A. Ellwood.

VISUAL DEL TIEMPO

EL SOCIALISTA VANDERVELDE HA MUERTO

No hace mucho acaba de fallecer en Bélgica el conocido jefe del Partido Socialista de dicho país, Emile Vandervelde. Representante del socialismo en la Cámara desde 1894, profesor de la Universidad de Bruselas, Ministro de Estado en repetidas ocasiones, y en 1935 vice-presidente del Consejo, Vandervelde se destacaba como uno de los grandes valores europeos de la extrema izquierda. El hecho de que llegara a ocupar el cargo de presidente de la II Internacional habla claramente de su indiscutida ortodoxia revolucionaria y marxista. Y, en efecto, Vandervelde no se mostró en ninguna forma dispuesto a seguir la línea de evolución hacia los valores del espíritu propiciada por el célebre doctrinero del socialismo belga, Henry de Man, ni pensó en ningún momento superar las teorías del maestro de Tréveris e ir, como lo sostuvo De Man en el título de una de sus obras, "Más allá del marxismo". El principal orgullo de Vandervelde radicó precisamente en su continuada fidelidad al través de los años a los principios del materialismo histórico, y de esa fe ininterrumpida e inquebrantable supo él jactarse en no escasas ocasiones. Pero, no obstante sus reiteradas protestas de afirmación al pensamiento de Marx, reconoce él en su obra: "La alternativa: capitalismo de Estado o socialismo democrático", que bajo el amplio término de marxismo caben diversas interpretaciones de la doctrina, y que mientras unos la consideran algo estático e invariable, otros, en cambio, procuran adaptarla a las nuevas circunstancias. "Hay — dice — marxismo y marxismo. Hay un marxismo estrecho, vulgarizado, que so pretexto de mantenerse en estado puro o de volver a sus orígenes, acaba por reducirse a fórmulas que pudieron ser verdaderas para un tiempo, pero que no concuerdan más con las realidades movedizas de la vida social. Hay, por el contrario, un marxismo que tiende sin cesar a superarse, a adaptarse a la diversidad extrema de los medios, a las transformaciones de la técnica y a los cambios profundos que el esfuerzo mismo de los trabajadores determina en la organización política y social". Y aquí tenemos a Vandervelde, fiel teorizante de Marx, transformado en la práctica en un modificador de su doctrina. Porque es preciso recordar que el fundador del socialismo científico predecía la desaparición de las clases me-

días, mientras Vandervelde constata al contrario el robustecimiento de estas últimas y la conveniencia de vincularlas al movimiento socialista en una lucha común contra la primacía del capital. De ahí que Vandervelde, partidario teórico de la dictadura del proletariado, haya llegado en el hecho a transformarse en el jefe de un partido de pequeños burgueses.

Consecuente con su fe en el determinismo económico, Vandervelde se mostró adversario decidido de la Iglesia, y luchó contra la intervención de ésta en la educación y en la familia. Esta actitud de continuada hostilidad a lo católico, que tan sólo vino a atenuarse en los últimos años en que por circunstancias políticas hubo de colaborar en el Gobierno con personas de estas creencias, no impiden advertir en el jefe socialista una verdadera inquietud por los problemas de orden religioso. Pasando por alto su notorio conocimiento de las Encíclicas Pontificias sobre el problema social, que frecuentemente citaba de memoria en los debates parlamentarios, cabe mencionar no escasos trozos de sus escritos que acusan en Vandervelde una no escondida preocupación de orden espiritual. “Tú niegas el más allá — decía a uno de sus colegas de partido; — todo es muy sencillo; en cambio yo no puedo evitar quedar turbado ante este misterio”. Y en otra ocasión, al constatar que algunos, comprobando la ineficacia de la ciencia para explicar lo suprasensible, se desentienden del problema, mientras otros piden a la religión lo que el conocimiento científico no es capaz de darles, llegó a afirmar: “Me atrevería a decir que de todo corazón y cada vez más, estoy con los últimos contra los primeros”.

Emilé Vandervelde, luchador infatigable e intransigente del credo marxista, ha descendido a la tumba sin lograr ver realizada la aspiración político-social de toda su vida. Por el contrario, los últimos años de su existencia debieron ser para él de honda prueba. La social-democracia alemana, que parecía invencible, se deshacía sin dejar rastro ante la avalancha del nazismo. En Austria, el partido era puesto en jaque y aniquilado bajo los gobiernos de Dollfuss y de Schuschnigg, siendo sus últimos vestigios dispersados con el advenimiento del Anschluss. En España, el triunfo progresivo de la armada de Franco ponía término a la supremacía de los partidos de la izquierda. En fin, en Francia, después de una desastrosa experiencia, el Frente Popular se liquidaba y el comunismo y el socialismo pasaban a ser fuertemente combatidos. En todos los horizontes parecía ya marcarse la hora del ocaso de las doctrinas marxistas, que él sostuviera con tanto tesón en el transcurso de su existencia política.

Jaime Eyzaguirre

EL MUNDO NO CATOLICO ANTE EL DECESO DE PIO XI

El fallecimiento del ilustre Pontífice Pío XI ha dado motivo a las más espontáneas manifestaciones de respeto a su memoria, no sólo entre los fieles, sino también entre las personas extrañas a la Iglesia.

HOMENAJE DEL GOBIERNO Y DEL PARLAMENTO DE FRANCIA

Resulta particularmente interesante destacar el sincero homenaje de admiración rendido por los poderes públicos de Francia al Papa fallecido. El Gobierno ordenó colocar la bandera a media asta en todos los edificios públicos y en sus sesiones de 10 de Febrero tanto la Cámara de Diputados como el Senado exteriorizaron el sentimiento del país ante la desaparición del Pontífice de la paz.

M. Edouard Herriot, Presidente de la Cámara dijo en su discurso:

“Mis queridos colegas:

El Papa quería consagrarse por sobre todo a la defensa de la paz. Sus cartas a los Obispos, sus diligencias ante la Sociedad de las Naciones y sus valientes intervenciones, lo han probado. En el décimo aniversario de su coronación recuerda, con ternura, y al mismo tiempo con solemnidad, su deber de colaboración que es, según su modo de ver, la más urgente obligación impuesta a todos los pueblos. Condenaba la guerra como una forma de homicidio. Comentó en términos inolvidables las palabras del salmo: “dissipantes quae bella volunt”. Una enseñanza tan elevada conservará toda su virtud.

Desde comienzos de su pontificado, el Papa Pío XI había señalado la carrera de los armamentos como una sangría a los bienes públicos. En efecto, él se había dedicado al mejoramiento de la condición humana, como también a la paz y a la libertad. Nunca dejó de hacer oír sus palabras cuando se trataba de defender a los pequeños y a los débiles, de acudir al socorro de los perseguidos y de los desterrados. Hasta el último suspiro, en medio del peor triunfo de la fuerza, permaneció fiel a su apostolado. El eco de sus últimas palabras nos trae este conmovedor testimonio.

La Cámara Francesa de Diputados, sensible a la grandeza moral más que a ninguna otra forma de grandeza, se inclina con respeto y reconocimiento delante del Pontífice que dió al Evangelio su verdadero sentido: que protegió los títulos del espíritu contra las pretensiones de la materia, y que permanecerá siguiendo la tradición de los grandes Papas, como uno de los más grandes y más puros representantes de este poder invencible que se llama: “la conciencia”. (Aplausos unánimes).

M. Daladier, Presidente del Consejo dijo a continuación:

“El Gobierno desea asociarse a las nobles palabras del presidente de la Cámara. La Francia entera conservará el recuerdo del gran Pontífice que consagró su vida a la unión universal de los hombres, cualquiera que fuera la diversidad de sus razas o creen-

cias, y jamás podrá olvidar que Su Santidad trabajó constantemente por que reinara entre ellos el espíritu de caridad, de justicia y de paz.

Quiero asociar el Gobierno de la República al homenaje que se le ha rendido aquí, y decir a toda la cristiandad, que la Francia entera toma parte en el duelo que aflige hoy al mundo católico”.

M. Jules Jeanney, Presidente del Senado expresó en este cuerpo:

Quién quiera que tenga fe en las fuerzas espirituales y reconocimiento hacia los que representan el poder, tiene que sentirse dolorosamente angustiado, sabiendo con qué apasionamiento tranquilo, con qué fuego y con qué alma de verdadero apóstol, Su Santidad Pío XI las había representado.

Había percibido el peligro que pesa en la actualidad sobre los destinos de la civilización. Su conciencia cristiana se ocupaba de llevar el equilibrio al universo, restableciendo el sentido de las nociones eternas de la razón, la justicia y el amor al prójimo, o sea, en una palabra, el respeto al ser humano que es la tradición inmortal de los grandes apóstoles. (Palabras de aprobación en la sala).

M. Georges Bonnet, Ministro de Relaciones Exteriores dijo en el Senado:

El Papa Pío XI encarnaba las más nobles virtudes, la bondad, la caridad, en las cuales encontraba la más alta y valiente comprensión de las necesidades espirituales y morales de la hora presente. Pasará a las páginas de la historia como el gran defensor de aquellos principios fundamentales sobre los que descansa la civilización y a los cuales la Francia entera está profundamente unida, esta Francia a la que el Soberano Pontífice concedía un paternal afecto.

Por esto tengo el honor de asociar al Gobierno al homenaje que el Presidente del Senado ha rendido al Soberano Pontífice”. (Grandes aplausos). A continuación el Senado levanta la sesión en señal de duelo.

LAS CONDOLENCIAS DE LOS GOBIERNOS Y EL JUICIO DE LOS ESTADISTAS

Cincuenta y ocho Gobiernos enviaron a la Santa Sede sus condolencias con ocasión de la muerte de S. S. Pío XI:

De estas numerosas condolencias oficiales, destacaremos las expresiones más notables. Mr. Lyons, Premier de Australia, dice: “Sus valiosos esfuerzos para mantener la paz desde la última guerra y su profunda solicitud por los débiles y oprimidos, cualquiera que fuese su nacionalidad y creencia, harán que su nombre sea recordado con afecto”. El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, señor Abraham Ortega, expresa: “Chile todo entero toma parte en el profundo dolor que aflige al mundo católico por el deceso del Santo Padre, cuyo nombre quedará en la historia como uno de los más grandes servidores de la humanidad”. Tchang-Kai-Chek, jefe de la China, dice en su mensaje: “Agrego una palabra de viva condolencia a las vivas lamentaciones del mundo entero por la muerte del soberano justo a cuyo espíritu ningún país fué extraño, que se mostró amenudo lleno de solicitud por la China y que al morir no olvidó la paz mundial por la que él hacía todos sus votos”. Mr. Cordell Hull, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, manifiesta: “Sus grandes cualidades espi-

rituales y su celo por la paz, su tolerancia, le ganaron los corazones de todas las razas y creencias". Lord Halifax, Ministro de Gran-Bretaña, anota: "Guardaré siempre la preciosa memoria de la visita que tuve el honor de hacer a Su Santidad durante mi reciente visita a Roma". Emil Edde, Presidente de la República Libanesa, manifiesta en su mensaje: "Los libaneses se inclinan profundamente ante los despojos del Santo Padre que defendió con una sublime tenacidad y un admirable coraje, contra todas las formas de error y de opresión, los eternos principios de justicia, de caridad y de dignidad de la persona humana". El Gobernador general de la Nueva Zelanda, expresa: "Los incansables esfuerzos de Su Santidad por la causa de la paz y de la justicia, su coraje, y su fidelidad al deber a pesar de su desfalleciente salud, han provocado la admiración reconocida del mundo entero". Manuel Quezón, Presidente de las Filipinas, proclama: "En mi política de justicia social, he encontrado mi inspiración en las Cartas Encíclicas de Pío XI". Ignacio Moscicki, presidente de Polonia, manifiesta que: "La muerte del grande y venerado Pontífice, sumerge en un duelo particularmente hondo a la nación polaca, que siempre guardará un piadoso y reconocido recuerdo de los tesoros de bondad y de interés paternal que le prodigara el augusto difunto, tanto en el curso de su insigne misión en Varsovia como durante el transcurso de su glorioso reinado apostólico". Mr. Etter, Presidente de la Confederación Suiza, declara que su Patria "veneraba en Pío XI, amante de nuestros paisajes y de nuestro pueblo, ese coraje, esa altura moral y esa nobleza de pensamiento raramente reunidas en tal grado".

A estas condolencias oficiales de los Gobiernos cabe agregar la del Secretario General de la Sociedad de las Naciones y, en especial la de M. John B. Winant, director de la Oficina Internacional del Trabajo, que en su telegrama al Cardenal Secretario de Estado proclama su "admiración por la gran obra social realizada por el Soberano Pontífice, de la cual la Encíclica "Quadragesimo anno" quedará como vivo testimonio".

EL JUICIO DE LA PRENSA NO CATOLICA

Sensible, aunque no por ello menos interesante y sugestivo, resulta constatar la excepción hecha por la prensa nacional-socialista alemana al unánime homenaje rendido a la memoria del egregio pastor desaparecido. El "Voelkische Beobachter" anota: "El Papa no se ha esforzado por comprender al nacional-socialismo, en tanto que ha entrado en relación por motivos de táctica con grupos irreductiblemente hostiles a la Iglesia y a la Religión". Y el "Angriff", más explícito aún, anuncia: "Uno de los adversarios más encarnizados de nuestra doctrina y de nuestro régimen acaba de desaparecer".

¿Qué se dijo, en cambio, en Inglaterra, la patria de Enrique VIII y de Isabel? El "Times", de Londres, expresa en un largo editorial, que toda la opinión británica se asocia al duelo de los católicos, por la pérdida de una figura a la cual los últimos años de lucha habían conferido una grandeza nueva. El órgano obrero "Daily Herald", constata que: "Los que no pudieron acatar la autoridad del Papa, se recordarán de su constancia, de su fe profunda y de la firmeza de su corazón. Los enemigos de la libertad y de la cultura en el mundo se regocijaron con su muerte. Esto da la medida de su grandeza". El "Birmingham Mail", recuerda la acción del Papa en favor de los humildes y perseguidos, y se hace eco de las palabras pronunciadas en la Sinagoga de Londres por el rabino Perlzweig: "El Papa se ha alzado con el coraje de un

profeta ante las potencias y los principados de este mundo. El ha aceptado sin desfallecer el desafío que le lanzara el paganismo renascente... Su prudencia y su invencible amor han ornado con un nuevo lustre la alta dignidad de que estaba investido". Y el "Sunday Referee", ha escrito: "Acaba de morir el anciano más valiente del mundo".

La prensa francesa no católica ha sido aun más explícita en sus homenajes al desaparecido. P. L. Danar, en el diario comunista "L'Humanité", expresa: "Una energía sacada del sentimiento de su deber parecía haber retardado para Pío XI, anciano de cuerpo débil, el desenlace inevitable. En el hecho, su muerte, no hace sino sumir en el duelo a los fieles de la Iglesia Católica. El acontecimiento siempre considerable de un cambio de Soberano Pontífice, toma esta vez, una importancia más grande todavía, a causa de la situación sin precedente en la historia, a causa también de la actitud que el Papa había adoptado. En todos los oídos, en todos los espíritus, resuenan todavía los acentos con que en repetidas ocasiones fustigó al racismo y al hitlerismo".

El conocido político socialista e israelita, León Blum, cabeza destacada del Frente Popular, escribe en "Le Populaire": "Tenía cargo de almas. Hubo de defender la Iglesia católica y romana contra la persecución material. Hubo de preservar el dogma cristiano, el pensamiento cristiano, contra ese increíble retorno del paganismo primitivo que quedará como uno de los estupores de los historiadores del porvenir. Todo esto es claro, todo esto es verdadero.. Pero al obrar como lo ha hecho, el Papa Pío XI tomaba también la defensa de esta causa de la paz, que se mantenía primordial a sus ojos, pues había comprendido que el racismo hitlerista, como también el fascismo mussoliniano, constituyen amenazas permanentes contra la paz y, si puedo decir, peligros orgánicos... Un gran Papa pacificador ha podido y ha debido, pues, considerar como su deber—como su deber ante la paz—limitar o contrabalancear la ambición de las potencias racistas, la propagación de las teorías racistas en el mundo. He aquí cómo el esfuerzo sereno y magnífico del Papa Pío XI ha podido converger con el respeto de las grandes democracias universales. He aquí por qué, algo más que el respeto debido a su gran rol y a su gran coraje nos inclina ante su tumba".

M. Harmel, desde las columnas del "Peuple", órgano de la Confederación General del Trabajo, después de analizar la política del difunto Pontífice confiesa que, aunque el cuadro trazado ofrece reservas, "no obstante el balance llama al respeto. Una gran figura acaba de desaparecer".

"L'Oeuvre", cuya tendencia anticlerical es tan reconocida, anota: "El nombre de Pío XI brillará en los anales del pontificado, con un reflejo particular. Fué, en efecto, un gran Papa. No titubeó durante su pontificado, en circunstancias críticas, usar de todo su poder espiritual para la defensa de los más nobles ideales de la humanidad y supo siempre inspirarse en las grandes máximas de la Iglesia para intentar el reinado de la paz entre los miembros de la gran familia humana. Por este solo título tiene él derecho al respeto y a la veneración universal".

Pierre Dominique, en las páginas de "La République", expone las razones que han hecho particularmente amable a los incrédulos la persona de Pío XI. "Hoy ha muerto — dice — después de haber condenado con fuerte e inteligible voz lo que es condenable y será siempre eternamente condenado mientras haya una faz humana sobre la tierra. Ha muerto, pero su ejemplo subsiste y la condenación que él ha hecho se mantiene... Cuando el Papa Pío

XI condenaba el racismo, no era sólo la expresión de la Iglesia católica, sino la del Pastor protestante prisionero, del judío perseguido, de las libertades combatidas. La dignidad humana se encarnaba en él”.

M. Gaboriau, Director de “L’Ere Nouvelle”, diario de Edouard Herriot, destacado radical-socialista y masón, afirma que: “Pío XI ha demostrado con valor que la Francia permanecía siempre la hija primogénita de la Iglesia y que nuestros fieles — tanto como los incrédulos de espíritu libre y honesto — mostraban una satisfacción sincera y profunda al ver nuestro país atento a la voz más noble que se haya hecho sentir en el mundo durante estos últimos años.

Charles Maurras, el conocido jefe de “L’Action Française”, movimiento cuyas doctrinas filosóficas fueron ruidosamente condenadas por Pío XI, se expresa en estos términos: “La acogida universal hecha al gran duelo de la Iglesia, demuestra qué lugar había adquirido S. S. el Papa Pío XI, en el pensamiento y en el corazón del género humano, sobre todo desde los últimos años... En torno al féretro de Pío XI va a desenvolverse, como la más conmovedora de las procesiones jubilaires, uno de los más grandes triunfos que haya podido alcanzar la Iglesia”.

EL HOMENAJE DEL PROTESTANTISMO

El Pastor Marc Boegner, presidente de la Federación protestante y del Consejo nacional de la Iglesia reformada de Francia hizo la declaración siguiente a los periodistas, que fué reproducida por “La Vie Nouvelle”, de 17 de Febrero: “La cristiandad toda entera ha acogido con una viva emoción la muerte del Papa Pío XI. Cualquiera que sean las oposiciones doctrinales que separan a la Iglesia romana de las demás confesiones cristianas y muy particularmente de las Iglesias protestantes, ninguno de sus fieles rehusará un homenaje de respeto al noble anciano cuyo pontificado ha sido marcado por actos que reclaman la gratitud de todos los cristianos. Frente a los comunistas ateos, como a los racistas paganos, ha afirmado la soberanía y el universalismo de la revelación cristiana, con palabras que han entrado en lo más profundo de nuestros corazones.

“Evangile et liberté”, que se titula “órgano de renovación espiritual y de acción social evangélica”, reproduce asimismo la anterior declaración y estampa: En el temible combate común por la salvaguardia de las cosas de Dios, su voz por momentos resonaba como la de un jefe aun para las fuerzas cristianas que no son de su Iglesia y que saben bien que nunca podrán serlo. Nos inclinamos pues con verdadera tristeza y con profundo respeto ante los despojos mortales de un Papa que desapareció en el momento mismo en que su influencia podía ser determinante en la orientación de nuestro mundo atormentado”.

El Pastor Wilfred Monod, escribe desde las columnas del periódico católico francés “Temps Present”: “No obstante que el Papa en su Encíclica “Mortalium animos” criticó las Conferencias ecuménicas, reunidas después de la guerra mundial para promover la unión de las iglesias, todas las ramas de la cristiandad histórica se hallan hoy día embargadas de la más leal y ferviente emoción ante el desaparecimiento de una gran personalidad moral. Tan cierto es esto que en el drama actual de las naciones, en el violento conflicto de las ideologías, en el peligro extremo de los valores espirituales cada día más brutalmente amenazados, millones y millones de batizados, se estremecían de una patética esperanza cuando resonaba la augusta voz de advertencia y de protesta que recordaba el universalismo del Evangelio y la universalidad del

alma. Saludamos la reconstitución (aun cuando sólo presenciada) de un frente moral y religioso, como la consoladora y magnífica profecía de una Cristiandad. "Adveniat regnum tuum". Amén".

El diario luterano sueco "Nya Daligt Allihanda", de 11 de Febrero, constata que la muerte del Papa no resulta esta vez un acontecimiento indiferente. "Todos los occidentales que no adoran la violencia como un fetiche, se unen en la profunda estima, en el solemne respeto de su personalidad y de su acción. Hoy día un sueco cristiano de la Iglesia oficial puede reconocer que en la actualidad el mantenimiento de la Iglesia católica es el factor más importante de la cultura cristiana... Solemne y calmado, puro y pleno de experiencia del mundo, firme y humilde, el anciano Papa anunciaba el Evangelio cristiano... No pronunció una palabra, no impuso una directiva, ni tomó una decisión que no fuera en beneficio de la Iglesia de Cristo. Mas claramente que otros dijo a los amos del mundo la verdad... Ostentaba la púrpura; pero si no la hubiera llevado, se habría podido decir de él que la merecía".

HOMENAJE DE LOS JUDIOS

A los testimonios del pesar causado en los círculos judíos de Inglaterra por la muerte del Papa, de que dimos cuenta en nuestro número anterior, cabe agregar el siguiente extracto de la alusión pronunciada en la "Radio-París", durante la emisión del 14 de Febrero de la "Voz de Israel", por Maurice Liber, gran rabino, delegado del Consistorio central y director de la escuela rabínica: "Ante la muerte todos los hombres son iguales. A los que mueren, todos los vivos han de respetar, y este sentimiento se manifiesta por los honores fúnebres que se rinde a los difuntos en todos los países civilizados. El judaísmo recomienda y prescribe rendir los últimos deberes, no sólo a los correligionarios según los ritos de la religión común, sino también a los hombres de las otras confesiones; nuestros hermanos en la humanidad, creados por el Padre común a su divina imagen. Este homenaje supremo es debido con mayor razón a los que han honrado la humanidad y la religión por la dignidad de que estaban investidos, por el rol y la misión que han cumplido, el ascendiente que han ejercido, los beneficios que han prodigado, el alto ejemplo que han dado a su generación, la autoridad con la cual han profesado y el coraje con que han defendido las doctrinas de que eran fieles depositarios y mantenedores intrépidos. Por todos estos títulos los franceses de religión israelita añaden su homenaje al que todos los franceses, todos los cristianos, rinden con impresionante unanimidad a la memoria del Papa Pío XI, que Dios ha llamado a sí la semana última, después de diecisiete años de pontificado fecundo y glorioso...".

El Gran rabino de París, Julien Weill, declaró el 11 de Febrero desde las columnas de "L'Epoque": "La muerte de S. S. Pío XI me conmueve profunda y dolorosamente. A la veneración universal que rodeaba al augusto Pontífice, el judaísmo se asociaba de todo corazón, admirando y honrando en él un gran servidor de Dios, un verdadero apóstol de la justicia social, de la paz y de la fraternidad humana. En numerosas ocasiones, Pío XI denunció con una firmeza y una nitidez luminosa los perniciosos errores del paganismo racista, y condenó el antiemitismo como inconciliable con la ley cristiana y como factor de iniquidades y de violencias. Estoy seguro de ser el intérprete de los sentimientos de todos mis correligionarios al saludar con respeto la figura de Pío XI y al dar en nuestras plegarias una expresión religiosa a nuestro homenaje de pesar y de gratitud hacia ese gran servidor del Dios de justicia y de amor".

LOS LIBROS

“BREVE HISTORIA DE AMERICA”, por Carlos Pereyra.—Editorial “Zig-Zag”.—Santiago de Chile, 1939.

Hemos estado acostumbrados a oír en los últimos tiempos un canto ininterrumpido de alabanzas y exaltación al indio como forma sustancial de la cultura americana. Lo europeo, lo español, ha querido ser abandonado y desconocido como factor determinante en la convivencia de los pueblos del nuevo mundo. Nada resulta, después de todo más necio y ajeno a la realidad histórica americana que esta actitud indigenista, que disfrazada de apego a lo autóctono pretende expulsar del solar americano, junto con la arraigada tradición hispana, lo que ella tiene de más invariable y de efectiva trascendencia: lo católico. Carlos Pereyra, el admirable escritor mejicano, nos muestra bien a las claras en esta “Breve historia de América” cómo no es posible desdeñar las nobles raíces españolas que vinieron a ingertarse de manera tan decisiva en la realidad americana, sin destruir algo de nuestro propio ser, sin acabar por negarnos a nosotros mismos. Contra un indigenismo romántico y marxista, contra un panamericanismo artificial e imperialista, sacamos en consecuencia, gracias a la lectura de Pereyra, que no queda otra cosa que oponer que nuestra confiada afirmación de pueblos hispano-americanos.

J.

“EL OCASO DE LA DEMOCRACIA”, por Alberto Zum Felde.—Editorial “Zig-Zag”.—Santiago de Chile, 1939.

El escritor uruguayo analiza con agudeza la crisis de la democracia y los erróneos principios que la han sustentado en los últimos tiempos hasta arrastrarle a la ruina. Lejos está de propiciar en su reemplazo una concepción de tipo totalitario, sea fascista o comunista. Penetrado de la verdadera jerarquía de los valores, sabe muy bien eludir tanto la dictadura del Estado como la anarquía consagrada del individuo, y constatar que por sobre la gama de las instituciones políticas existe un principio vivificante del todo olvidado y cuyo reconocimiento es parte vital de la cultura: lo religioso. “El renacimiento de la conciencia religiosa, anota, cuya más cabal y concreta expresión es el Cristianismo, devolverá a la vida los verdaderos valores espirituales que le son menester; y a la cultura occidental, enferma de intelectualismo, el orden moral positivo, integrante de la realidad humana”.

J.

“HISTORIA DE LA FILOSOFIA SOCIAL”, por Charles A. Ellwood.—Editorial “Letras”.—Santiago de Chile, 1939.

He aquí un intento de abarcar la historia del pensamiento humano desde sus orígenes más remotos hasta nuestros días. Con una grave seguridad digna de otros tiempos habla del obstáculo que significó el Cristianismo para el progreso y desecha como obra mitológica a la Biblia, cuyo valor científico demuestran las modernas excavaciones en forma concluyente; reduce la importancia del pensamiento medioeval y niega a éste el aporte de ideas originales; exalta, en cambio, como figuras de primera línea, a Comte y los demás positivistas, no obstante que la incapacidad de esta doctrina frente a muchos problemas es algo que hoy casi no se discute; ignora en fin para bien o para mal los sistemas de Spengler, Schiller, Spann, de Bergson, de Freud, de Kierkegard, de Maritain, y tantos otros cultivadores importantes del pensamiento en nuestros días.

J.

LETRAS Y ARTES

“CAMINOS”. — “CARICIAS”. por Henriette Morvan.

“Caminos; tú y yo...”

“MUERTE DE ANTONIO CIFUENTES”, por Alfredo Lefebvre.

“Yo lloro y aplaudo por tu presencia,
canto y espero a tu presencia...”.

LOS LIBROS:

“Ayer y hoy”, por Pío Baroja.

“Lola Montes, la magnífica”, por Horace Wyndham.

Caminos...

El camino y tu cariño serpentean entre paisajes agrestes o áridos. ¡Cuánto recodo! ¡Cuánta variación! Cuánta piedra, tierra, pino y cielo...

El sol se ha metido en la zanja con un calor de esperanza. Tu cariño en mi alma...

La luna se ha caído dentro del pozo de la casa abandonada y le ha regalado su plata. Tal vez la luna esta vez sea yo...

Hay dos encinas cruzadas por sobre el camino. ¡Nunca podrán partir juntas, pero se han estrechado! Tú y yo...

Pinos, altos, altos como yo cuando tú me besas; sauces, tristes, vagos, como yo cuando me dejas...

Caminos; tú y yo...

Caricia

La quiero ahora precisa sobre mi mano, sobre mis cabellos, sobre mi boca.

Toda rosa tiene un instante para abrirse al sol; todo pájaro en un instante preciso comprende que sus alas pueden volar y lo ensaya; toda estrella en el cielo se detiene y se borra para siempre, después de haber corrido su primera carrera de aerolito por el campo azul.

Si ella, tu caricia, llegara ahora, yo habría sido rosa, pájaro y estrella... Después, montón de pétalos fragantes, de plumas sedosas, de estrellas muertas, de obscuridad...

Muerte de Antonio Cifuentes

PARA SU HERMANO Y MI AMIGO FERNANDO

“Y subió como ramito delante de
El y como raíz de tierra sedienta .

(Isaías 53, 2)

“He aquí la noche. quedáos con
nosotros”.

(San Lucas XXIV, 29)

Bendita sea la luz que derribó a Antonio
y bendita sea la paloma que arrulló la gran noche de Antonio.

La luz era la alegría de su sangre,
el agua de sus manos y el peinado de su cabellera,
porque la luz era el relámpago de su respiración
y la voz de su palabra.

—Su sangre corría en la alegría de la luz.

—Caminó desde su pecho al corazón,
desde el corazón a la llama, a su color y sonido,
hasta alcanzar su número mismo.

Y cuando su primera carne ha quedado silenciosa
como un trino ligeramente suspendido en el árbol
y el cuerpo de Antonio se ha desprendido,
como pequeña pluma de súbito levantada
y extendida en el océano del viento:

Ante el mar de rodillas

y sus olas plegadas,

a lo largo de todos los acantilados

se ha precipitado un redoble de mariposas

tendiendo y cimbrando la sabiduría
de tu última sonrisa;

y sigue en los vitrales de la tierra

para estos cuartos de tinieblas,

entre espejos y vetas, bajo la plata

y el agua desconocida;

y hacia la raíz de ciertas flores,

toca los pies de los humildes insectos.

Anunciando de rostro en rostro

al corazón y al puño,

la palabra de sal,

y tu gesto de amapola:

Vencedor de sueño,

conquistador del número.

Sucede que todo se parte y multiplica
y no hay ola que no estalle
ni carbón encendido que no desespere en chispa.

Si el día y la noche suceden en el mundo,
un día y una noche juntaron en la sangre
para gastar el tiempo y abrir el alba.

—Y están la luz y la sombra tendidas y abrazadas...
Pues siempre asoma entreabierto
negro clavel vacío de aire...

Y es un estruendo horrible de silencio,
masas de soledad como goznes enormes se abren
y aplastan violentos,
y aullando caen nuestros dedos a borbotones de sangre,
en un charco de inmensos sollozos
y distancia de planetas o glaciares infinitos.

Mas, he aquí una tarde madura
en que ha venido
en la llamarada augusta de tu poderío,
el maravilloso giro de tus mariposas,
la heridilla de luz de tu perenne substancia
y tu amplia alegría de labio celeste.

Pronto, sube a que te coronen
oh real amigo de las mariposas,
oh capitán de los trigales,
a ti, caballero del Verbo
a ti, sabia ardiente de nardos, campeón del lirio.
Yo lloro y aplaudo por tu presencia,
canto y espero a tu presencia,
a tu presencia que viene delante
con el aire inolvidable de tu transparencia,
con el filo de luz que te alumbró para siempre.

Y vosotras, florecitas pequeñas,
azules, blancas o rojas del camino:
entregad vuestros pétalos
para cubrir la tierra de Antonio,
mientras los cielos tejen
la nueva carne de Antonio,
hasta la hora,
de abrazar para siempre.

Nuestras

NOVEDADES

BREVE HISTORIA DE AMERICA.

por **Carlos Pereyra**

Precio: \$ 20.—

EL OCASO DE LA DEMOCRACIA,

por **Alberto Zum Felde**

Precio: \$ 10.—

MANSIONES VERDES,

por **W. H. Hudson**

Precio: \$ 12.—

LUIS XV,

por **Alfred Leroy**

Precio: \$ 12.—

HAN DE ESTAR Y ESTARAN

por **F. Barnoya Gálvez**

Precio: \$ 10.—

GENTE EN LA ISLA,

por **Rubén Azócar,**

Precio: \$ 18.—

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS.

ENVIAMOS CONTRA REEMBOLSO Y

CONTRA REMESA DE ESTAMPILLAS.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

CASILLA 84 D.-SANTIAGO DE CHILE

CRISTAL DE LIBRERÍA

"AYER Y HOY", por Pío Baroja.—Ediciones "Ercilla".—Santiago de Chile, 1939.

Componen este libro una serie de crónicas del escritor español, ya conocidas por sus publicaciones en los diarios. Tienen ellas cierta unidad de conjunto, ya que versan, en forma más o menos ceñida, al problema español de la hora. Y tienen como artículos periodísticos que son, repeticiones enfadosas de puntos de vista, y de frases. El autor declara que no ha querido variar palabra en ellas. Tienen por lo mismo, y esa ha de ser la intención primitiva de Baroja, un tono histórico, de historia menor o mayor, según como se la juzgue. La presencia y opinión de un escritor del 98—esa generación que no existe—sobre una guerra larga en su tierra. Y en este sentido, don Pío es sincero; no oculta sus preferencias, ni sus lentas variaciones, que van acentuándose más y más según adelanta el libro y la guerra. Su doctrina es que prefiere la dictadura de autoridad, aunque fuere rígida y violenta, al capricho cruel y bestial de las masas.

En una confusión de términos se desenvuelve la obra barojiana: confusión sembrada de aquellos ataques malhumorados, que además de sus novelas, le han hecho célebre. De los carlistas dice mal, de los socialistas peor. Por allí ataca al Gobierno por aquí a la Revolución. Pero tienen su preferencia, los que han huído de la España gobiernista. Y menudean los diálogos: ¡Qué suerte haber escapado de Madrid en este momento!, dice don Pío.—No nos hemos escapado; venimos en comisión, le responden. A lo que reflexiona don Pío: Mejor, han escapado ustedes con sueldo. Por que él ha hecho un aforismo político: Para ser buen socialista hay que cobrar. De los socialistas tiene tan buena opinión como ellos. Él: "Así, un periódico de Madrid, "Claridad", periódico de pedantes solemnes, al contar que yo había sido detenido en Navarra por los carlistas, manifestaba cierto pesar filantrópico y socialista, porque no me hubiesen fusilado".

Es agradable de leer este libro de Baroja, aunque sea desigual e injusto: su ironía y cierta liviandad, y la costumbre narrativa, hacen rápida la lectura.

S.

"LOLA MONTES, LA MAGNIFICA", por Horace Wyndham. — Ediciones "Ercilla".—Santiago de Chile, 1939.

La vida aventurera de esta mujer, de un gran poder de encantos imposible resumir en pocas líneas. Vivió desde el 1820 hasta el 61, viajando por la lejana América, por la apartada Australia. Estuvo en las gradas de un trono y fué necesaria una revolución para apartarla del rey. Se inmiscuyó en política; fué conferencista y actriz de teatro, terminando sus días en Norte América con una fuerte crisis religiosa, consagrando sus últimos años a la oración.

Presentóse como española y bailarina. Doña María de los Dolores Porras y Montes, y era inglesa, que sabía pocas palabras de español. Como bailarina de rango, aprendió su baile español en París, dando razón a aquel escritor francés que decía que las bailarinas españolas sólo se hallaban en París. Fué amada, escarmentada, arrojada y sibáronla violentamente. Su paso nunca era silencioso. Condesa de Landsfeld, por voluntad del rey que la amó. Era aventurera para otras voluntades. En perpetua tensión pasó su vida Mrs. Elisa Gilbert, doña María de los Dolores Porras y Montes, condesa de Landsfeld.

S.

«El Diario Ilustrado»

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas

Exija a los suplementeros "EL DIARIO ILUSTRADO"

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158



RESISTE
4000
KILOMETROS

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

"EL CHILENO"

Diario popular independiente

Base ideológico-social: las normas pontificias

Independiente de todo partido político

Fiscalista. Noticioso. Servicio completo extranjero

Oficinas: Rosas 1281

DESDE ESTE NUMERO EL EJEMPLAR DE

'ESTUDIOS' VALDRA \$ 3.60

TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 3.60

